



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

MAESTRIA EN PSICOANALISIS CON MENCIÓN EN CLINICA
PSICOANALITICA. PRIMERA PROMOCION.

TÍTULO DE LA TESIS:

“Clínica de la Sexuación: Posición Masculina y Posición Femenina.
Encuentros y desencuentros en las parejas”

Previa a la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis con
Mención en Clínica Psicoanalítica

ELABORADO POR:

Psic. Cl. Clara Esmeralda Roca Almeida

Guayaquil, a los 19 días del mes de septiembre año 2012



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo fue realizado en su totalidad por la Psicóloga Clínica Clara Esmeralda Roca Almeida, como requerimiento parcial para la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis con Mención en Clínica Psicoanalítica.

Guayaquil, a los 19 días del mes de septiembre del año 2012

DIRECTOR DE TESIS

Dra. Mayra Landívar de Hanze

REVISORES:

Dra. Mariuxi Egas Miraglia, MGS.

Dra. Rosa Elena Sper de Sonnelholzner, MGS.

DIRECTOR DEL PROGRAMA

Dra. Nora Guerrero de Medina, MGS.



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

YO, Psic. Cl. Clara Esmeralda Roca Almeida

DECLARO QUE:

La Tesis “Clínica de la Sexuación: Posición Masculina y Posición Femenina. Encuentros y desencuentros en las parejas” previa a la obtención del Grado Académico de Magíster, ha sido desarrollada en base a una investigación exhaustiva, respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan al pie de las páginas correspondientes, cuyas fuentes se incorporan en la bibliografía. Consecuentemente este trabajo es de mi total autoría.

En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance científico de la tesis del Grado Académico en mención.

Guayaquil, a los 19 días del mes de septiembre año 2012

Psic. Cl. Clara Esmeralda Roca Almeida



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

AUTORIZACIÓN

YO, Psic. Cl. Clara Esmeralda Roca Almeida

Autorizo a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, la publicación en la biblioteca de la institución de la Tesis de Maestría titulada: “Clínica de la Sexuación: Posición Masculina y Posición Femenina. Encuentros y desencuentros en las parejas”, cuyo contenido, ideas y criterios son de mi exclusiva responsabilidad y total autoría.

Guayaquil, a los 19 días del mes de septiembre año 2012

Psic. Cl. Clara Esmeralda Roca Almeida

AGRADECIMIENTO

La presente tesis ha sido realizada luego de un recorrido sobre el que sería un tema que nos “atravesase el ser” como dijera un querido profesor de la maestría ante el dilema sobre el título de la tesis, por lo tanto, agradezco a mi analista haberme permitido realizar ese recorrido en el análisis.

Agradezco a la Doctora Nora Guerrero de Medina, Directora de la Maestría, por haber llevado con tanto acierto la misma; a los profesores por su generosidad en la transmisión para con cada uno de nosotros; a mis compañeros de maestría con quienes he llegado a conformar una linda amistad; a mi tutora de Tesis, Doctora Mayra Landívar de Hanze, quien me ha orientado siempre con precisión en la construcción de la tesis.

Agradezco a mi familia por su apoyo incondicional y empuje en cada uno de mis propósitos.

A Xavier, Doménica, Xavier Andrés y María Belén.

INDICE.-

Introducción.....pág. 1

Capítulo I

La Clínica de la sexuación

1.1. Estructura lógica de la clínica de la sexuación.....pág. 5

1.2. El estatuto del objeto en la posición masculina y femenina.....pág. 8

1.3. Goce suplementario, erotomanía, melancolía y soledad.....pág. 22

Capítulo II

Encuentros y desencuentros en las parejas

2.1. Relaciones de pareja.....pág. 26

2.2. Clínica del síntoma en el hombre.....pág. 28

2.3. Clínica del estrago en la mujer.....pág. 37

2.4. El evento amoroso.....pág. 44

2.5. El lenguaje y el amor en las parejas.....pág. 47

Capítulo III:

Del Bovarysimo a la devastación femenina tenemos el caso por caso

3.1. Relación de la Obra literaria “Madame Bovary” con la teoría psicoanalítica.....pág. 54

3.2. Inventarse un nuevo amor:.....pág. 81

Conclusiones y Recomendaciones.....pág. 84

INTRODUCCIÓN

La lectura de casos de mujeres y de sus parejas en diversas obras literarias, así como la escucha en consulta particular sobre las diferencias estructurales en las condiciones de goce de un hombre y de una mujer, es lo que ha despertado este gran interés en la formulación de Jacques Lacan acerca de la Clínica de la sexuación y de lo que conlleva el que un hombre o una mujer se ubiquen en la posición masculina o en la posición femenina.

La clínica de la sexuación formulada por Lacan, y trabajada por autores contemporáneos, es valedera para releer la continua queja femenina ya que en estos tiempos es más actual la premisa lacaniana sobre la “no relación sexual”. En la presente tesis se trabajarán los distintos modos de abordar los encuentros y desencuentros inherentes a las características estructurales del hombre y de la mujer, para lo que se tomará en consideración la estructura del no-todo (fálico) en la mujer sin manifestación del sin-límite en la posición femenina.

La posición masculina y femenina en la clínica de la sexuación permite ubicar al sujeto en relación a una elección frente al goce, lo que tendrá incidencia evidente en sus modos de vincularse con su pareja síntoma o con su pareja estrago. Como lo señala J. A. Miller: “esas estructuras que Lacan trató de formalizar permiten establecer dos posiciones sexuales en la medida en que están separadas, son distintas. No proporcionan la fórmula de la pareja, dan la fórmula de cada posición en tanto que separada”.

Dados los encuentros y desencuentros en las relaciones de pareja, resulta interesante tomar, en el contexto actual, la posición masculina y femenina y sus respectivos

modos de relación y de padecimiento frente a su pareja sexual. Se investigará, entonces, sobre lo que puede ser un hombre para una mujer, ya que no se puede hablar de La mujer como universal, pero sí de una por una, en singular. También se trabajará acerca de lo que el hombre encuentra cuando se vincula con una mujer. Todo lo mencionado anteriormente estará apoyado en las teorías psicoanalíticas de Freud, Lacan y Miller, así como en las teorías que los otros autores mencionados en la bibliografía trabajaron sobre la Clínica de la sexuación.

En la tesis se correlacionará la teoría de la sexuación con lo que se ubique como momentos importantes de la novela *Madame Bovary* -y que ayuden a ilustrar el objetivo que persigue este trabajo-. El estudio de los temas concernientes a esta tesis y la razón del interés en este tema radica en que una mujer, cuando no es tomada como objeto causa de deseo del hombre y nada le hace de límite al goce suplementario, puede extraviarse en muchos aspectos que van desde el pedido de amor y la queja, los excesos a todo nivel, la soledad femenina presentada como tristeza y llega en algunos casos hasta la muerte melancólica.

Es justamente esta queja –particular, caso por caso- la que permite ubicar en qué posición o en qué uso de su posición (en la clínica de la sexuación) se ha instalado una mujer cuando se escucha lo que ella pide frente a lo que su pareja le da y sus consecuencias. De ahí la importancia de realizar una investigación encaminada a proporcionar un conocimiento sobre la Clínica de la sexuación -tan compleja y a la vez de una actualidad permanente- tomando en cuenta el proceso acelerado de separación de los lazos afectivos de esta época.

El interés va dirigido a precisar que habiendo desde siempre diferencias estructurales en la relación de pareja, dados los diferentes modos de relacionarse con el objeto **a** en la relación, el resultado de esto es lo que hace que tales desencuentros produzcan

síntomas en unos casos o estragos en otros. También resulta interesante constatar que más allá del desencuentro estructural en las parejas, ellas se relacionan en el evento amoroso; lo cual se da justamente porque no hay relación sexual. Entonces, hay encuentros siempre, no así relación.

Es importante demostrar que las características de la vida contemporánea, con su fragilización de los vínculos y el difícil lazo con el Otro, no son la causa precedente del desencuentro. Es decir, la vida actual propicia el desencuentro, mas no es su causa; pues la fisura está dada en la estructura.

Para desarrollar esta tesis se recurrirá a los textos de Sigmund Freud, así como a los Seminarios del psicoanalista Jacques Lacan para desarrollar el sumario desde los fundamentos teóricos del Psicoanálisis de orientación lacaniana -que actualmente se encuentra desarrollada y orientada por el psicoanalista Jacques-Alain Miller-. Este trabajo pretende cumplir con los objetivos siguientes:

- Realizar un recorrido de orientación psicoanalítica lacaniana para extraer del mismo la respuesta singular que brinda el personaje de Madame Bovary para explicar la clínica de la pareja-síntoma y la pareja-estrago.

- Corroborar la teoría psicoanalítica acerca de la “no relación sexual”, apoyado en el esquema lógico de la Clínica de la sexuación.

- Establecer a base de la teoría lacaniana que sobre la elección del partenaire-síntoma se aloja el goce del sujeto, y esos goces singulares inciden en la forma de establecer lazos con su pareja.

- Proporcionar nociones de la singularidad en la posición femenina y la sexualidad concerniente a ella.

- Establecer -en relación al síntoma y el estrago como modos de padecimiento- las diferencias sustanciales, sus causalidades y las consecuencias posibles a nivel de la clínica.

- Desarrollar lo que a veces puede representar un hombre para una mujer, y con lo que se encuentra él al vincularse con ella.

- Explicar la frase “inventarse un nuevo amor” y su relación al saber inconsciente.

CAPÍTULO I

LA CLÍNICA DE LA SEXUACIÓN

1.1. Estructura lógica de la clínica de la sexuación

La clínica de la sexuación es un esquema lógico desarrollado por Lacan en el Seminario XX, en donde aborda cómo un sujeto indeterminado se hace de un sexo o de otro. Lacan introdujo el término de sexuación como diferente al de la concepción de la sexualidad, ya que la sexuación no está ligada al género, sino en relación a las posiciones masculina o femenina en las que se puede ubicar un hombre o una mujer. La psicoanalista argentina Graciela Brodsky (2004) propuso un recorrido sobre la clínica de la sexuación de Lacan, en el que hace énfasis en tres distinciones:

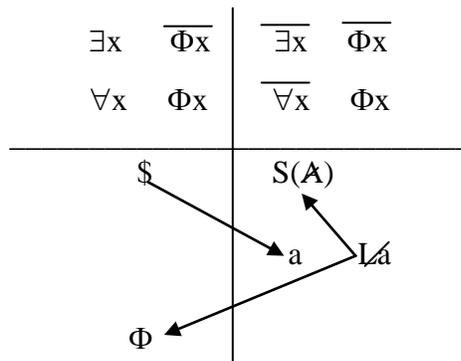
1) No toma como referencia a la biología del cuerpo, que es una respuesta de orden imaginario, es decir, de la diferencia imaginaria entre los cuerpos. Tampoco se tiene como referencia lo que no es visible a los ojos, pero se prueba mediante la investigación genética.

2) La sexuación no la aborda a través de la identificación, sino que trabaja la respuesta identificatoria como provista por el orden significante, es decir, por lo simbólico.

3) Hay que pensar la sexuación a partir de una elección. Lacan planteó que la sexuación es una elección en relación con el goce y por la vía de los registros (Imaginario, Simbólico y Real), pero básicamente articulada a lo Real. Ubicarse del lado masculino o del lado femenino es siempre una decisión del sujeto, junto a la importancia de su responsabilidad en esta elección. Entonces, la tercera vertiente de

la sexuación ubica a la misma como una elección no de un significante, sino como una elección de goce.

Las fórmulas de la sexuación son propiamente las que siguen a continuación:



Para entender esta lógica, La psicoanalista argentina Silvia E. Tendlarz (2002) tomó este esquema y colocó la correspondencia frente a las fórmulas que dio Lacan, por lo que se puede bosquejar que:

| LADO MASCULINO | LADO FEMENINO |
|--|--|
| Necesario $\exists x \overline{\Phi x}$ corresponde a la lógica edípica. Existe al menos uno que niega la función fálica. | Imposible $\overline{\exists x} \overline{\Phi x}$ no hay excepción, no hay todo. |
| Posible $\forall x \Phi x$ para todos existe la lógica fálica | Contingente $\overline{\forall x} \Phi x$ no todo lógica fálica |

\exists existencia

\forall universal

— negación

$S(\bar{A})$ tachadura del Otro

$\bar{L}a$ tachadura de La Mujer

Entonces, Brodsky expuso que en las fórmulas hay un lado masculino y un lado femenino; el lado superior, tanto masculino como femenino, está dividido sin posibilidad de intercambio, pero los dos lados inferiores están atravesados por flechas. En la parte superior de las fórmulas, Lacan ubicó cómo se posicionan los hombres y las mujeres respecto del predicado fálico. A la fórmula, Lacan le agregó los cuantificadores y redujo a dos términos esta lógica: la función y el predicado; la función viene al lugar del sujeto y se escribe con letras mayúsculas o minúsculas. La letra mayúscula designa el predicado y la letra minúscula designa lo que se llama el argumento. Es la letra minúscula la que designa en realidad al sujeto. Ahora se llaman predicado y argumento. Entonces, la letra mayúscula es el predicado y se distingue con una letra minúscula a los sujetos de quienes se puede predicar ese predicado.

Brodsky, retomando a Lacan, señala que un hombre es el que se ubica respecto del predicado fálico, asegurando que la castración vale para todos, excepto Uno. Si se arma así el sujeto, se está del lado masculino de las fórmulas de la sexuación, sea cual sea el sexo biológico, anatómico, imaginario o real.

En “Tres ensayos sobre la teoría sexual”, Freud desarrolló que la diferenciación del hombre y de la mujer es un proceso muy complejo, que se relaciona con el desarrollo de la pulsión sexual y está producido ligeramente tarde, ya que ambos sexos serán uno solo hasta la fase fálica. La diferenciación entre hombre y mujer estaría articulada al complejo de Edipo y al complejo de castración, este último girando alrededor del falo y de su respectivo órgano que es el significante. Lacan, en su

Seminario V, cuando trabaja el tercer tiempo del Edipo maneja el tema del sexo enlazándolo al goce y al lenguaje y no solamente vinculado al desarrollo.

1.2. El estatuto del objeto en la posición masculina y femenina

Esto se refiere al objeto **a** como objeto pulsional, originario del registro de lo Real, objeto causa de deseo; es decir, aquel objeto que se extrae entre el sujeto y el Otro, el objeto que va al fantasma, el responsable de la estructura. Se hace esta distinción puesto que en la teoría lacaniana se maneja también la concepción del objeto **a** como vacío (La Cosa), el que se ubica en medio de los tres registros: Real, Simbólico e Imaginario.

El objeto **a** se encuentra específicamente dirigido según sea la posición masculina o femenina. Y cuando Lacan en su esquema realiza el trayecto masculino, traza un vector desde el \$ hacia el objeto **a**, que está en el lado de la mujer; es decir, obliga a hacer un pequeño pasaje por el campo del Otro. La posición fantasmática de un hombre es determinante en el encuentro con una mujer, por lo que en el Seminario XX Lacan dice que el hombre nunca goza de una mujer, sino que goza de una parte de su cuerpo que dependerá de lo que el sujeto contemple como necesario para el efecto. Será algo tomado del cuerpo del Otro, por lo que para Lacan se hizo presente el objeto parcial de la pulsión (objeto mirada y objeto voz), ya que Freud se limitaba al objeto oral, al objeto anal y al objeto genital.

Brodsky señaló que el lado masculino es una conexión que no busca nada del otro lado de la barra, del lado de la mujer, sino que todo se juega del mismo lado. Lacan se refería como ejemplo máximo de esta posición al soltero -casado con su falo-, lo llamaba el goce del idiota aludiendo al goce masturbatorio. Por lo tanto, afirmó

Brodsky que pasar por el objeto pulsional, es decir, armar el fantasma con el objeto pulsional extraído del cuerpo de la mujer es la posición más digna para la sexualidad masculina, ya que el hombre tiene el obstáculo del órgano, porque el deseo se dispara por una parte de la mujer, pero el goce lo tiene a nivel del órgano. Nunca goza de la mujer, sino que goza de su propio órgano, y eso es lo que define la sexualidad masculina. El goce fálico localizado en lo masculino es mudo, no pasa por la palabra; es decir, no necesita ser tramitado por la palabra para gozar del órgano.

La sexuación femenina se va a orientar por una lógica distinta, pues no queriendo saber sobre el todo, ella es no-toda. Esto implica que la vinculación al falo, aunque importante, no es la única para ella. Mientras que en el hombre el goce está íntimamente ligado al falo, en la mujer se encuentra el desdoblamiento del goce. Una parte de éste se inscribe en la función fálica, de acuerdo con las maneras específicas del complejo de castración femenino, pero hay otra parte que es un “goce suplementario” al goce fálico. Es decir, una mujer tiene que desdoblarse entre el Φ y el $S(\mathcal{A})$.

Se trataría del goce femenino en el acto sexual, esta es la parte no fálica que está ligada al Otro de la falta. Lo que importa es la relación de goce que una mujer tiene con ese Otro; pues, a veces, ella experimenta ese goce sin poder atestiguarlo, porque no tiene ni las palabras ni el saber consciente para decirlo. Ese Otro puede evocarse como vacío o soledad, por lo que el Otro goce puede ser extraño, *unheimlich* – término alemán que significa lo ominoso, algo que se tiene tan próximo, que siendo tan íntimo no se puede ver-, para una mujer. Este goce suplementario -deslocalizado en lo femenino- es inexplicable, inefable, pero de lo que sí puede dar cuenta es que pasa por el cuerpo; es decir, una mujer puede no decirlo pero sí sentirlo.

Lacan dijo que para entender la posición femenina, no fantasmática, con el objeto **a** hay que pensar: 1) de qué manera la mujer se convierte en objeto para el hombre, es decir, cuál es la estrategia femenina para conseguir algo del otro lado; 2) ubicar a los hijos como objetos **a**, como el único objeto verdaderamente femenino. Para identificar algo entre La(/) mujer, la mujer no-toda y el objeto hay que explicar que aunque la mujer tenga la misma fórmula del fantasma, no es por esa vía que se puede decir que se está del lado femenino de las fórmulas. El fantasma, el objeto **a**, no permite establecer la diferencia entre los sexos, pues el objeto **a** es a-sexuado, con el objeto **a** no hay diferencia entre los sexos, por lo tanto, no es por la vía del fantasma que se reconoce en cuál posición se ha colocado una mujer: si en la masculina o en la femenina.

Brodsky contrapuso el predicado fálico en Freud y en Lacan al decir que para Freud la función fálica es equivalente a decir: “todos tienen falo”, pero, ¿qué pasa con las mujeres? Freud respondió que tienen sustitutos del falo; así, marca cómo para hombres y mujeres se inscriben todos aquellos objetos que vienen a sustituir simbólicamente al falo, que es una manera de salvar la premisa universal del falo: no tienen falo en el cuerpo (las mujeres), pero lo sustituyen por ejemplo con el hijo. Sin embargo, señaló Brodsky que para Lacan, por el contrario, cuando trabajó las fórmulas de la sexuación enfatizó que el predicado fálico no quiere decir: “todos tienen falo”, sino que “todos están castrados”. Es un universal referido al falo y en relación a éste nadie lo tiene, porque lo que se tiene es un órgano que no es el falo; pues el falo no se puede tener más que como un significante, pero no se lo tiene. Respecto al falo: todos están castrados, tanto hombres como mujeres.

Brodsky señaló que cuando Lacan escribió las fórmulas de la sexuación, lo que intentó escribir fue el mito de Tótem y tabú. La idea neurótica de que existe al menos uno para el que la castración no cuenta, es decir, que está libre de la castración y que por no tener y por no cargar con la castración puede gozar de todas; así “existe al

menos uno que no” (que no está castrado y para quien el goce está permitido). Entonces, a partir de plantear uno que se exceptúa de la regla, lo que se demuestra es que la regla vale para todos. Fue entonces que Lacan planteó la lógica masculina diferente de la lógica femenina, pues dijo que es la lógica masculina la que se haya en relación con el falo: imaginar que hay alguno que sí y, en consecuencia, para todos no. Según esta lógica llamada “Del todo y la excepción o del uno y la excepción” es cómo funciona la mentalidad masculina.

Del lado femenino no se puede hablar de una excepción ($\overline{\exists x}$), es decir, no hay un universal femenino, sino que hay una por una. En el lado femenino se ubica la lógica del no-todo, entendiéndolo en términos de inconsistencia, mas no de incompletud. Del lado masculino Lacan colocó el sujeto tachado ($\$$) y colocó el falo (Φ). En la lógica femenina no se habla del $\$$, sino de \cancel{L} a mujer tachada. No se puede formular “**La mujer**”, pues no se puede predicar la clase de las mujeres, sino que se puede decir una mujer. Y solo se encuentra a \cancel{L} a mujer en la psicosis.

Así, que \cancel{L} a mujer no exista es la consecuencia de que son todas excepcionales, de que no se puede formular “Todas las mujeres tal cosa” y eso es lo que se escribe con \cancel{L} a tachada. También del lado femenino, Lacan escribió a que es el objeto a minúscula y escribió un matema que se conoce como el significante del Otro tachado $S(\cancel{A})$. Brodsky señaló que estos matemas $-\$,$ el objeto $a,$ el $S(\cancel{A}),$ el falo- constituyen la escritura con la que Lacan dio cuenta de toda la doctrina psicoanalítica: El $\$$ es el sujeto del inconsciente, el sujeto que piensa que está afectado por una falta en ser, por lo que le impide decir “soy”.

Brodsky señaló que el falo constituye toda la doctrina freudiana, y el Edipo es ser el falo, tener el falo, identificarse al falo, procurarse el falo. Toda la lógica de Freud

concentrada en el Edipo la retomó Lacan posteriormente, pues el falo con la Phi mayúscula (Φ) lo escribió por primera vez en *Subversión del sujeto*.

El $S(\mathcal{A})$ es el significante del Otro tachado e indica que en el conjunto de todos los significantes falta un significante, dado que en el tesoro de los significantes el Otro está incompleto o inconsistente, por eso tiene algo por fuera. El objeto **a** está presente desde el inicio, pues es el otro imaginario, el otro especular. Después se transforma en el otro como causa de deseo, luego en un plus de goce, en el objeto del fantasma, en el objeto que tapona la división subjetiva y en el objeto con el cual me doy un ser.

Pero el objeto **a** como causa de deseo es desde 1960. Lacan, a partir de sus seminarios XIX y XX –según Brodsky-, enfatiza que todo debe ser pensado en función de esta distinción: de la posición masculina y femenina respecto del predicado fálico. A partir de esto, va a hacer las flechas que permitan ver “con quién está uno casado, cuál es el partenaire del sujeto”. Toda la clínica de las relaciones de los sexos es la clínica que se puede elaborar de cada una de estas flechas, y solo en el piso inferior sí permite el encuentro.

Con respecto de la homosexualidad masculina, ésta se articula por la exigencia del falo en el partenaire, es decir, que la diferencia de los sexos no se hace presente en el encuentro sexual, que se borra la diferencia castrado/no castrado. En cambio, el masturbador y el homosexual no son iguales porque el segundo requiere de un trabajo de búsqueda del partenaire homosexual, muy eventualmente se entra en el plano del amor, de la no correspondencia, etc.

Todo lo anterior no lo “padece” el gran soltero, de ahí que Lacan le atribuyó una posición cínica porque prescinde del Otro por excelencia. Al contrario del soltero, es

ese otro trayecto que Lacan traza desde el $\$$ hacia el objeto a que está en el campo de la mujer, el que obliga a hacer un pequeño pasaje por el campo del Otro. Sin embargo, sí hay hombres que están en relación con el $S(A)$ y son hombres en la posición femenina que no están interesados en el falo; o, si se está interesado en las dos cosas, es la posición típicamente femenina de las fórmulas de la sexuación.

Para Lacan, habría también una manera de pensar la posición femenina sin pasaje al lado masculino, lo que sería el equivalente femenino de la posición cínica. La conexión $\$, \Phi$ del lado masculino es equivalente a la conexión $\$a, S(A)$ del lado femenino. Son las dos posiciones que no dan cuenta de ningún pasaje por el campo del Otro sexo. Los dos casos de la posición femenina son: por un lado, la experiencia mística, es decir, la posición del goce extático místico; y, por otro lado, la psicosis. Si bien es cierto que Schreber es un psicótico, en su delirio al ser objeto de goce de Dios él se ubica en posición femenina. Lo que se conoce como el *empuje a la mujer* es un delirio que se observa en algunos psicóticos y su lazo es con $S(A)$, lo cual fue señalado por Lacan en el Seminario XX cuando propuso el goce místico como un goce que tiene como partenaire a Dios.

Lacan destacó que lo interesante en la posición mística es que se extraiga goce de las propias palabras de amor a Dios y que no se trata de un puro amor casto, sino que es evidente que hay un amor erotizado, como el de Santa Teresa de Bernini. Esta capacidad de obtener goce en el cuerpo a partir de las palabras de amor es lo más típico de la posición femenina, y sería un avatar que luego llegara a una escena sexual.

Por el contrario, en el caso de las místicas eso no tiene ningún reflujo a nivel fálico, pero para las no místicas existe este nivel que es lo puramente femenino y que no

tiene ningún lazo con el Otro $-L\bar{a} \rightarrow S(\mathcal{A})-$ y hay otro nivel por el cual la mujer sí se vincula con el falo $-L\bar{a} \rightarrow \Phi-$.

Brodsky retomó a Lacan para afirmar que las mujeres tienen su goce por su lado y si, por casualidad, se interesan en el falo entonces tienen que interesarse en el hombre y tienen que ir a buscarlo del otro lado. Eso es lo que fuerza el pasaje de la mujer al lado femenino y no a la identificación masculina.

Estrategia femenina de la mascarada.-

Da cuenta de una estrategia en relación con el falo, y se refiere a las formas en que entra a jugar la relación de la mujer con el objeto a . No es algo que vaya entre $L\bar{a}$ mujer y $S(\mathcal{A})$, ni son las palabras de amor, ni son las místicas, ni es la psicosis. La mascarada femenina es cómo se las arregla la mujer con el falo, ya que la mujer en relación con el falo está del lado del que no lo tiene.

A nivel imaginario esa falta se juega como castración, y sobre la base de la castración se encuentra la identificación al falo, pero bajo la forma del tenerlo. Freud dio tres soluciones como salida del Edipo para la mujer: a) una es la renuncia, b) es la identificación viril, es decir, ella lo tiene, y c) es la maternidad, que Freud ubica como la verdadera posición femenina (esta última no compartida por Lacan).

La estrategia de la mascarada implica ser lo que el hombre desea. No es una estrategia del tener sino del ser; como respuesta a esto, si el hombre lo que desea es el falo, la estrategia de la mascarada es decir “aquí me tienes, soy el falo”. No es “lo tengo”, es “lo soy” ubicando allí el adorno femenino, toda una estrategia a partir de “no lo tengo”. Otra manera de pensar la estrategia de la mascarada es la de ubicarse

no tanto en el “soy el falo”, sino “soy el objeto”, el objeto **a**. Ubicar “soy objeto de tu fantasma” no habla nada de su propio goce, pero habla de cómo obtiene el falo gracias a ubicarse como objeto del fantasma del hombre.

Lo que está en toda esta estrategia es cómo procurarse el falo: el falo que no se tiene, que no es y que el que lo tiene es el hombre; pues es una estrategia referida al hombre, tanto por la vía de “soy el falo” como por la vía del objeto. La mascarada implica que una mujer tiene que ir al otro lado de las fórmulas: en la posición del tener, si lo tiene ella el otro no lo tiene; y, en la posición del ser ya sea bajo la forma del falo, ya sea bajo la forma del objeto causa, la mascarada será una estrategia para conseguir algo del lado del hombre.

Cuando Lacan trató de ubicar qué es lo verdaderamente femenino pensó en una posición totalmente desinteresada del tener y también del ser, porque el ser es para tener. Para ubicar la posición femenina por excelencia recurrió a ejemplos literarios tales como: Medea, Madeleine Gide y “la mujer pobre”. Pero entonces se preguntó Lacan qué es una verdadera mujer y se respondió que es la ferocidad de la posición del no tener, no para ir en contra del hombre, sino que en la posición feroz, loca, una mujer puede privarse de lo más valioso, puede despojarse de todo lo que vale en el registro del tener. Para pensar algo enteramente del lado del $S(\mathcal{A})$, se tendría que pensar que el significante fálico no está inscripto, es decir, sería la psicosis.

Contrariamente a lo que pensaba Freud, que ubicaba a la maternidad como la solución femenina al Edipo, para Lacan la maternidad estaba enteramente del lado de la sexuación masculina. Si es cierto que los hijos son un sustituto del falo, toda la preocupación de la mujer por tener hijos, por cuidar a los hijos, etc., es una estrategia de la mujer para tener y mimar al falo. Es negar la castración bajo la forma del tener, por eso los hijos se tienen. La maternidad como la ubica Lacan, del lado de la

posición masculina, indica cómo el registro del tener es siempre el registro del propietario y que el mismo está siempre anudado a tener el falo; y, si no es tener, es serlo. Miller en su artículo “Una distribución sexual” elaboró un esquema del reparto sexual que permite establecer diferencias lógicas en la singularidad masculina y femenina. El esquema es el siguiente:

| Sexo | Hombre | Mujer |
|-----------------|--|--|
| Tener | + | - |
| Estructura | Completo | incompleto, no-todo |
| Mesura | equilibrio, la justa medida | exceso o suplemento |
| Ser | unidad, identidad, uniformidad | otro, diferencia, sin identidad |
| Objeto | fetichismo <i>a</i> objeto de base | erotomanía <i>A</i> objeto soporte del amor |
| causa de deseo | plus de gozar | amour fou amor loco |
| Estructura (II) | Limitado | Ilimitado |
| Psicología | prudencia timidez protección agresividad hombre racional | intrepidez impudicia riesgo mística irracionalidad |
| | Sensatez | Idealismo |
| Roles | el héroe | la burguesa |
| | brújula | la extraviada |
| modos de goce | Síntoma sufrimiento localizado | estrageo ser devastado, pillaje: dolor que no para |
| Lugar | localizado | deslocalizado |
| | Finito | Infinito |

A base de este cuadro, Miller señala que cuando se refiere al *no-todo* no lo hace articulado a la transgresión e indica que el *no-todo* de Lacan hay que atribuirlo a la subjetividad, pues se trata de un error de la especie bajo el modo de lo incompleto. Por el contrario, formular el *todo* supone una unidad, exige el límite al *no-todo* entendido como incompleto que corresponde al ser femenino.

Freud hizo surgir el descubrimiento de la castración del otro por parte del niño debido a la comparación imaginaria de los cuerpos en los niños, de ahí nació la idea de que el ser femenino es un ser disminuido, es decir, caracterizado por un menos. Esta experiencia infantil podrá entonces encontrarse en los análisis y tendrá carácter de traumático.

Según Miller, se trata para ambos sexos de darse cuenta de que la madre está castrada. El niño percibe el tamaño superior del órgano paterno; la niña, en cambio, toma nota del privilegio del niño con las consecuencias que de ello puedan derivarse, no deducibles lógicamente y que pueden ir desde la decepción al rencor. Para el niño existe la inquietud de la amenaza sobre lo que hay de real en lo referente a su pene, inquietud por la ausencia que cree observar en ese lugar en el cuerpo del otro: el del ser femenino.

En relación al tener Miller ubica que la diferencia está al nivel de tener el pene real, perteneciente a uno de los partenaires y no al otro; así se opondrá el más para el que lo tiene y el menos para el que no. Aquí surge el concepto del gran Otro para introducir algo del cuerpo y hacer notar que, incluso cuando Lacan hace pasar el órgano al significante, cuando más allá del órgano peneano se apunta al significante fálico, la referencia al cuerpo sexuado no se elimina.

Es Lacan en sus *Escritos* quien dijo que “la mujer encuentra el significante del deseo en el cuerpo del hombre” y ya que su feminidad radica en la incompletud, ella se verá exaltada por todos los caracteres que puedan valer como rasgos de falta. Siempre incompleta: ni la mujer pobre como objeto marcado por la pobreza redoblando su falta intrínseca; ni la mujer rica, la poderosa, la que siempre hace alarde de su completud, sin embargo, cercana a la nada, incluso cuando se encuentra marcada por un exceso. Es justamente ese exceso lo que traiciona el secreto de la falta que es así velada, siempre sobrecompensada. Estas dos figuras opuestas, tanto en un caso como en el otro, no alcanzan lo que es el atributo del macho, es decir, la posesión legítima. Su ser está marcado con un menos irreductible que va siempre lejos, no conocen la divina justa medida que es la medida masculina.

Del lado masculino se puede sostener el “sé quién soy”, la identidad, lo Uno; del lado femenino la no identidad, lo Otro y la alteridad –como en la histeria y su rasgo de “sin fe”-. Lacan, en “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, atribuyó esta alteridad a la mujer como tal, el ser Otra incluso para ella misma. Al ser femenino entonces se le supone una lógica de la diferencia, incluyendo la diferencia consigo misma. Con respecto del objeto de cada uno de los seres sexuados, del lado masculino el objeto toma forma de fetiche, es decir, de un elemento que tiene el carácter de la unidad, de la permanencia, de la uniformidad y que puede ser buscado como objeto en diferentes soportes.

Miller entonces propuso el fetiche objeto pequeño **a**, como objeto de base. El fetiche no es más que una de las versiones del objeto **a**, pero siendo fetiche se asegura de que se trata de un objeto invariable, que cumple una serie de rasgos para que se den las condiciones en el disfrute sexual. Hay una zona ahí que da cuenta de la perversión normal del macho más o menos acentuada. La disponibilidad femenina es puesta a prueba ante lo que se hace sentir como una voluntad de poner el uniforme del deseo sobre el cuerpo del otro. Del lado femenino se situará la erotomanía, en donde el

objeto será menos objeto del lado derecho por ser un objeto soporte del amor y por ello Lacan lo señalará de entrada con una gran \mathcal{A} tachada. En este lado no existe la serie.

Miller hizo hincapié en lo que Lacan señaló: en el hombre el deseo pasa por el goce, es decir, requiere el plus de goce; mientras que en el lado femenino el deseo pasa por el amor. La gran diferencia entre el fetiche y el amor es que el primero o su condición pueden tener soportes múltiples, mientras que el amor no. Debido a que el amor no tiene soportes múltiples, posee una estructura de cierto menos; pues se supone entonces que el amor, en la vertiente del tener, concierne a un objeto que no se tiene.

Para que haya amor, según Lacan, existe una condición de castración, por eso para una mujer el Otro del amor debe de estar privado de lo que da. El amor, por presentarse más allá del tener, en esencia no tiene límites; de ahí el *amour fou* o amor loco. El amor como dar lo que no se tiene se apoya en la anulación completa del tener, ahí entonces apunta más al ser.

Miller agregó la psicología de los sexos, pero remarcó que cuando incluye en su cuadro los “roles” se debe advertir que éstos se pueden cambiar o invertir. Cuando se describe al “héroe” se propone al transgresor, el que va más allá del límite pero operando en un espacio en el que ha constituido el límite; la burguesa será su compañera. Sin embargo, la verdadera mujer lacaniana, según Miller, es la mujer extraviada; ya que ella se obstina en lo ilimitado y exigirá al compañero brújula. Entonces en el cuadro de Miller la conformación de las parejas héroe-burguesa y brújula-extraviada dependerá de cada pareja; y la verdadera mujer será la que busque apoderarse del plus de goce de su pareja.

En Freud, según Miller, la mujer se presenta como la que no pierde el norte y tiene la brújula, busca la satisfacción, se aferra a ella. El hombre es quien se sacrifica a los ideales, el que es siervo de la sublimación. Para Freud, el hombre está situado del lado del superyó y dudando de la dotación a la mujer de un superyó. Por tal motivo, Miller afirmó que al sujeto femenino los ideales no le hacen perder el norte o que los ideales solo le llegan a través del hombre. La tradición y los ideales de una cultura, lo que se deposita del lenguaje para forjar y mantener el vínculo social se dan del lado femenino.

Miller hizo una observación clínica a lo que un alumno de Freud, Hanns Sachs, señalaba: al parecer, las opiniones de una mujer dependían del hombre a quien amaba, tomando la introyección del ideal como algo a descifrar. Sachs se preguntaba si se inscribe el ideal en el aparato psíquico de la mujer o si, por el contrario, dicho ideal se pasea por el mundo, en el exterior, y ella lo adopta a la vez que ama, es decir, sin concederle más importancia que el amor. Miller concluyó que aquella deducción le parecía bastante esclarecedora, incluso, para descifrar hechos contemporáneos.

La mujer freudiana se toma como si en cuanto al ideal sigue al hombre, pero en cuanto al goce sigue a una brújula que siempre está orientada hacia las satisfacciones elementales. En relación a la pérdida se puede encontrar el retrato de la mujer profundamente desorientada, extraviada, aquella que en su esencia no sabe qué quiere, aquella de quien se puede esperar cualquier cosa. El sujeto femenino no está restringido por ninguna interdicción (prohibición o privación de algún derecho), mientras que el hombre cae bajo el peso de sus prohibiciones.

Miller señaló que tanto Freud como Lacan, en relación a la descripción de la psicología de la posición femenina, oscilaron entre la mujer como la que pierde y sufre las consecuencias, y entre la que en el otro extremo ya no tiene nada que perder

por lo que da vía libre a la audacia femenina, que tiene que ver con el saber hacer con la castración. Por un lado, según Miller, se encuentra el ser de lejanías, cuya figura paradigmática es Madame Bovary y, por otro lado, a los hombres metidos en sus raíles, en sus rutinas. Sin embargo, el hombre es quien -en el polo opuesto respecto de la obstinación femenina en las satisfacciones elementales- se deja extraviar por el ideal; el poder del ideal le permite al hombre extraviarse a condición de extraviarse en grupo.

Miller afirmó en su artículo “Una distribución sexual” que la virtud de la prudencia no es la misma si se sitúa del lado derecho que del izquierdo. La prudencia del lado del hombre es abstenerse de enfrentarse con la excepción, mantenerse a distancia; esta prudencia se acompaña del respeto y supone conocer la propia endebles e implica cálculo, porque calcula la relación de uno con los otros elementos en juego. Por otro lado, puede ser también la prudencia excepcional, pues el que siempre sabe lo que hay que hacer, a veces, se lamenta de que los demás no lo sepan.

Para Miller la prudencia del lado mujer, tiene un acento muy distinto, ya que no es una relación con la excepción y con la represalia que podría venir de la excepción, sino que es una relación con el abismo, con lo que se presenta como sin límite y al borde del agujero. A veces puede tratarse de una prudencia apasionada, consistente en conservar lo contingente: esa existencia, el ser que está ahí en su particularidad. En cuanto al riesgo, el del lado masculino consiste en enfrentarse con lo que se presenta como el más-uno de la excepción y eso se hace con temor y temblor. Pero el riesgo del lado mujer tiene un acento distinto porque no hay más-uno. Entonces, del lado macho el riesgo es de transgresión, del lado hembra es un riesgo ciego.

La distribución de los goces será distinta en relación al lado macho o al lado hembra: Del lado macho el goce es finito, localizable –lo que Lacan designó como el goce

fálico, el que se puede contar y que se presenta bajo una forma elemental para ser numerable-, de ahí que se ubique el síntoma como el modo de goce propio para el hombre. El goce que se ubica del otro lado es infinito, en el sentido de no ser localizable, por lo que el modo de goce propio femenino es el estrago.

Estas dos formas de goces -distribución que recubre la experiencia del propio cuerpo- dan cuenta, también, de dos formas de amor a las que Lacan denominó como la forma fetichista (macho) y la forma erotomaniaca (hembra). El *liebe* freudiano reúne entonces la palabra amor, deseo y goce, ya que son dependientes de la estructura; eso lo señaló Lacan en su texto preparatorio para un congreso sobre la sexualidad femenina. Estas dos formas distintas de goce indican lo que de acuerdo a cada una de las dos estructuras un sexo buscaría en el Otro, es decir, la forma que se le impone a su objeto.

Miller afirmó en cuanto al objeto fetiche que, si se encuentra del lado masculino, se caracteriza por ser un elemento y por ser susceptible de encontrarse como Uno en los diversos partenaires, es decir, se encuentra como Uno porque no es el Otro. Lacan, en su Seminario XX, señaló que el objeto fetiche se satisface en el cortocircuito de la palabra, es por excelencia el objeto que no habla, inerte, objetivizado, objetalizado y coherente con una exigencia de goce que admite que la palabra permanezca fuera de juego.

1.3. Goce suplementario, erotomanía, melancolía y soledad

Miller señaló que en algunos homosexuales hay cierta complicidad porque ambos participan en un intercambio de signos en donde la palabra está *circuitada*, así se puede hacer el amor sin hablar. Una mujer, sin embargo, necesita del intercambio de

la palabra para consentir ser objeto causa de deseo en el fantasma de su pareja. Ese consentimiento implica que ella pueda disfrutar, por lo tanto, no se va a producir ni la abstinencia ni la renuncia al propio goce. Es lo que conduce a aseverar que el objeto erotomaniaco del deseo de la mujer es un objeto que exige a su pareja que hable, éste se representa con la forma del Otro tachado.

Este objeto erotomaniaco de la mujer que le exige al compañero que hable dista mucho del goce suplementario porque este último es mudo, este goce suplementario pasa por el cuerpo y remite a la soledad femenina, aquella soledad que se da por estructura en la mujer. Una soledad vivida con extrañeza, ya que nunca será suficiente tenerlo todo, eso no garantiza que se llene el vacío que evoca la soledad. Pero esta soledad estructural no atañe ni al duelo ni a la melancolía –aunque esta última es más próxima a una mujer-, ya Freud en “Duelo y Melancolía” había planteado la melancolía como un estado patológico propio de la psicosis maniaco-depresiva diferenciándola del duelo, al que distinguió como una reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente, tales como la patria, el ideal, la libertad, etc.

La melancolía compartirá con el duelo el estado de ánimo profundamente doloroso, la cesación del interés en el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de todas las funciones y la perturbación del amor propio (se traduce en reproches y acusaciones en los que el sujeto se hace objeto a sí mismo, llegando a una espera de castigo casi delirante), aunque esta última característica no se presenta en el duelo.

Según Freud, la labor del duelo consistirá, en que cuando el examen de la realidad ha demostrado que el objeto amado no existe ya, demandará entonces que la libido abandone todas sus ligaduras con el mismo -aunque naturalmente la persona no quiera dejar de lado las posiciones de su libido aún cuando haya encontrado una

sustitución-. Cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen el punto de enlace de la libido con el objeto es sucesivamente despertado y sobrecargado, realizándose en él la sustracción de la libido. Esta transacción económica es lenta y la realización del mandato de realidad será paulatina, pero dolorosa y al final de la labor del duelo vuelve a quedar el Yo libre y exento de toda inhibición.

Otra distinción que Freud hizo sobre el duelo y la melancolía es que en la melancolía se sabe a quién ha perdido el sujeto, pero no lo que con él ha perdido, pues hay una pérdida del objeto sustraído a la conciencia; mientras que en el duelo nada de lo que respecta a la pérdida es inconsciente, hay una inhibición y falta de interés debido a que la labor del duelo absorbe al Yo. El melancólico muestra otro carácter que no se reconoce en el duelo: una extraordinaria disminución de su amor propio, es decir, un considerable empobrecimiento de su Yo.

El melancólico compadece a los otros por haberse fijado en él y el cuadro delirante mencionado anteriormente se completa con insomnios y rechazo a alimentarse. Freud señaló que terapéuticamente no es recomendable contradecir al sujeto cuando expresa tales acusaciones contra su Yo, ya que la conducta del enfermo melancólico no es como la de la mayoría, puesto que él se agobia con los remordimientos porque carece de pudor frente a los demás; y este deseo de comunicar al resto sus propios defectos hace parecer que en el rebajamiento hallará una satisfacción. El sujeto en la melancolía ha sufrido la pérdida de un objeto, pero se infiere que dicha pérdida ha tenido efecto en su propio yo. Al parecer, se da la regresión de la carga de objeto a la fase oral de la libido perteneciente aún al narcisismo. Esto hay que tenerlo presente al momento de vincular la teoría con el pasaje al acto de Madame Bovary.

Es importante recordar que en la vida infantil femenina, a partir de la privación, se va a producir un desdoblamiento y es en uno de ellos que la mujer se dirige a ese otro

goce y obtiene como resultante la soledad. En relación a la privación se abordará en el siguiente capítulo el tema síntoma y estrago y la condición del amor, pero que quede claro que el síntoma va de la mano de lo limitado y el estrago de lo ilimitado.

CAPÍTULO II

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS EN LAS PAREJAS

2.1. Relaciones de pareja

En el texto “Modos del encuentro amoroso” (2000), Juan Carlos Indart y Jorge Chamorro señalan que cuando uno se refiere al término encuentro, hay que tener presente que fue Lacan, en su Seminario XI, quien usó esta palabra para traducir un término griego que tomó de Aristóteles: *tyche*. Cuando se menciona a la *tyche* hay que recalcar que es contraria a lo que se denomina como automatismo.

Este último obedece a leyes y se basa en algún determinismo; por el contrario, la *tyche* es el acontecimiento sorpresivo, lo que escapa a lo que podría ser un acontecimiento previsible, que no obedece a leyes pero, sobre todo, es un acontecimiento que causa, ya que al no estar previsto es una sorpresa-causa que como tal es causa siempre de algo vinculado con el deseo.

Por eso, el sujeto ante la sorpresa, ante este hecho fortuito que es *tyche* va a encontrarse implicado subjetivamente a nivel de su deseo. Además, Indart (2000) señaló que para Lacan era una manera de enfatizar que el deseo no solo se lee a nivel de las palabras, de los significantes que lo articulan, que le dan formas sustitutivas, que lo desplazan, sino que hay algo más vinculado al deseo, algo fuera de la ley y donde Lacan trataba de situar lo real. Situó entonces lo real tal como funciona para el deseo inconsciente, con el matiz de lo nunca previsible, con su carácter de auténtica sorpresa y con efectos que pueden decidir los caminos del deseo de un sujeto de por vida. Fue a eso a lo que llamó *encuentro*, encuentro con algo, que no se sabe con qué específicamente, algo que se presentaría como una sorpresa.

Según afirman Indart y Chamorro, la noción de *encuentro* es viene bien para la problemática del amor, porque hay algo en el amor que tiene algún nexo con lo que se llama “un encuentro”, algo que no estaba previsto y que desborda al sujeto. A este encuentro también se lo ha denominado “minuto fatal”, ya que por un azar se produjo el encuentro amoroso, pero también es fatal porque el enamorado podrá pensar que aquel momento azaroso que se presentó como dicha e ilusión fue su minuto fatal. Así, en los dichos del amor está presente esta lógica difícil que pone en juego “un encuentro”, y son estos dichos los que dan la pauta para indagar si hay, tras la cuestión del amor, algo real.

Los autores proponen que se podría determinar, entonces, si el amor es una pasión que se ubica del lado imaginario así como también la afectación que tiene la dimensión simbólica. Meditar sobre el amor con la noción de *encuentro* permite discutir tanto el aspecto simbólico del amor, su aspecto imaginario, así como qué es lo que esconde como *real*. Por lo tanto, Indart y Chamorro afirman que cuando se pretende indagar sobre lo real se llega a algo tan singular, tan indecible, que al mismo tiempo que se ubica el problema se toca el borde en el cual ya no se puede saber nada del mismo, por lo tanto, seguirá siendo *tyche*. Entonces, cuando se da el encuentro, por un lado es un azar; pero, por otro lado, a veces se dice que ese encuentro “estaba escrito”.

Así mismo indican que si se da por un azar es *tyche*, por lo que se entiende que hubo casualidad, que no estaba escrito, que hubo novedad, sorpresa, invento y que una insignificancia hubiese bastado para que el encuentro no se realizara; pero, a veces, ese “estaba escrito” sucede porque, aunque uno no tenga conciencia de esto, estaba determinado desde siempre y como destino. Es en el análisis donde podría construirse algo de saber sobre ese “estaba escrito”, ya que al trabajar en las sesiones aparecen datos que explican en qué medida ya estaban escritas desde los primeros años de su infancia las coordenadas inconscientes de ese encuentro.

En el mismo texto los autores señalan que los “modos del encuentro amoroso” ilustran las maneras de relación que a veces se suscitan en estos encuentros, los cuales siempre conservarán la característica única y singular para cada sujeto, pero que llaman la atención porque obedecen a tipos particulares de elección. Indart y Chamorro retomando a Freud, afirman que si efectivamente hay algo de real en el encuentro amoroso el sujeto pondrá en marcha todos sus recursos para responder, para tramitar, para defenderse, para armar algo, para situarse, para colocarse en lo que es el aspecto real de ese encuentro.

Tal como se trabajó en el capítulo anterior, la relación al objeto en las dos posiciones -masculina y femenina- no es la misma. Por tanto, aquello trae consecuencias a nivel de la relación de pareja. Si se toma en consideración la clínica del síntoma y la clínica del estrago, se tendrán diferentes modos de “padecimientos” que merecen ser considerados. El síntoma es un sufrimiento siempre limitado y localizado, mientras que el estrago es la devastación que alcanza todo sin límite. El síntoma estaría vinculado al hombre y el estrago a una mujer.

2.2. Clínica del síntoma en el hombre

Si uno se refiere a que en el hombre el goce del lado macho es finito, es localizable – goce fálico- y que tiene como bandera el objeto fetiche, se acercará a la noción del síntoma.

En la relación de pareja no se encuentran solamente las descripciones físicas y el embelesamiento que tiene el enamorado o enamorada hacia su partenaire, sino que esos modos del encuentro amoroso también se los puede articular con la noción del síntoma, ya que ocurre algo a ese nivel y se llega incluso a comprobar que lo que se

va produciendo como consecuencia de ese encuentro se teje como síntoma, por lo que se pretende ubicar como frase axiomática de la posición del lado masculino lo que Lacan afirmó en su Seminario XXIII: que para el hombre, una mujer es su síntoma.

Indart y Chamorro señalan que en “Lógicas de la vida amorosa” Miller trabajó las tres contribuciones de la vida amorosa de Freud. Sobre la degradación de la vida amorosa masculina va a desplegarse lo que se conoce como ese síntoma masculino por el que el sujeto se divide entre el amor y el deseo, y que Freud nos describe como algo que no cesa de escribirse en los hombres: que en los encuentros amorosos quedan partidos entre elecciones amorosas sin deseo y elecciones sin amor en las que se enciende para ellos el deseo. Pero aunque este síntoma parece de hierro se dan casos en que un hombre desea a la mujer que ama.

La primera contribución de Freud, señalan Indart y Chamorro, presenta lo que se observa analíticamente como vinculado a los encuentros amorosos de suficientes hombres como para que se piense en un modo o, incluso más fuerte que en un modo, en una tipificación. Esta primera contribución, aunque toma ejemplos de la época en la que fueron escritas las contribuciones, muestra que aunque el entorno cultural sea muy diferente hoy, estos ejemplos nos permiten entender perfectamente la vinculación de ese modo -del encuentro amoroso- con el síntoma obsesivo.

Los autores señalan que a estos tres rasgos principales que caracterizan el modo -que la mujer tenga relación con otro hombre, que sea mujer fácil o liviana, y el último y más complicado, amarla en el sentido de querer rescatarla- Freud trató de entenderlos como vinculados al determinismo inconsciente, y construyó una explicación ardua para ese fin. En el texto indican que la cuestión del amor se articula al síntoma obsesivo, lo que no es reducible enteramente a su vertiente compulsiva y al goce fálico. Los delirios de amor de los hombres, en su formación sintomática obsesiva,

son algo que siempre están como respuesta en sus encuentros amorosos, y eso es lo que Freud ya había señalado al mostrar que no aman de cualquier manera, sino que aman rescatar a la mujer de algo. Entonces montarían por amor un operativo de rescate.

Indart y Chamorro afirman que para los hombres también se trataría de un encuentro con algo real. El encuentro amoroso real sería algo que se produce sin Otro, sin Otro simbólico consistente; por tanto, el encuentro amoroso supone un encuentro con el \bar{A} barrado, y es en eso que lo habita algo real. Aseguran que los buenos ejemplos de encuentro, de acontecimiento y de sorpresa son aquellos donde se verifica que nada tenían que ver con lo buscado, es decir, no obedecían a reglas simbólicas o a identificaciones con rasgos de un orden simbólico.

Por lo tanto, según Indart (2000), cuando hay encuentro el sujeto queda en una hiancia respecto de lo que buscaba en términos de las orientaciones ideales; el encuentro no quiere decir hacer de dos uno, ya que si hay algo de real en el encuentro es diferente para él y para ella; por eso, el encuentro amoroso está en el lugar de una ausencia de relación sexual. Es decir, es porque no hay relación sexual en el sentido de la proporción sexual que hay en el encuentro amoroso. Retomando lo anterior, se puede señalar que para el hombre no hay encuentros, porque siempre encontrará lo mismo: fantasmas sustitutivos de la madre para el amor y para los rasgos fálicos que promueven su deseo; los hombres están determinados por tanto a elegir un sustituto de la madre, una versión imaginaria del amor según ciertos ideales y ciertos rasgos fetichísticos que hacen al atractivo sexual.

La condición fálica masculina, dadas sus características, determina una sexualidad de la que se demuestra que no se articula al Otro sexo; aunque esto sucede también del lado femenino, ya que el goce femenino tampoco está prometido a la unión sexual.

Según Indart (2000) a partir de esto hay una manera de poder estudiar qué pasa con cierta cara femenina -para ellos- en el encuentro amoroso, y cómo la elaboran con su síntoma; así como hay la cara masculina en el síntoma histérico. Un encuentro amoroso para ella puede tener como primera consecuencia sintomática variar por completo su mascarada, o sea, una respuesta fálica.

La condición del “tercero perjudicado” alude a la clase de hombres que se enamoran de mujeres que son, según Freud, “propiedad legítima de otro hombre”, es decir, mujeres casadas, comprometidas o aquellas que tienen un amigo importante o protector. Entonces, como *primer rasgo*, tiene que haber un referente, un tercero del cual la mujer quede situada. Como *segundo rasgo*, la mujer tiene que ser “fácil”. Esa condición que es imprescindible es un rasgo que hace que esa mujer sea siempre atractiva para algún otro, es decir, que eligen un rasgo que llama la atención a “terceros”. Es una mujer que puede provocar celos y que hay que aceptar, según Freud, sin que genere ninguna contradicción, que aunque el hombre vive una gran pasión y jura amor eterno a la mujer liviana y a la que tiene dueño, pasa de relación en relación y este es el modo en que el sujeto vive su vida, por lo que va a hacer una serie de elecciones de la misma manera, esto es, enamorarse, dejarla y pasar a la siguiente relación. El *tercer rasgo*, como modo de conducta que tienen hacia ella, es el de rescatarlas por amor, aquello que el hombre buscará por haberla elegido con ciertos rasgos de facilidad y de fragilidad.

Al tratar de entender o de dar una explicación a esta condición de elección masculina, es necesario tener presente lo que tiene de real esta condición. Freud en su artículo “Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre” (1910) afirmó reconocer que a esos rasgos le supone una explicación profunda de carácter inconsciente para el sujeto; la problemática de estos rasgos –condiciones exigidas al objeto erótico y condiciones exigidas a la conducta del amante- remiten a la constelación edípica y a lo que habría sido el primer encuentro amoroso con la madre.

Según Indart (2000), eso le permite entender el que esta mujer siempre tenga que estar ubicada como propiedad de otro, porque había sido así con la madre en relación al tercero paterno. Freud dió muchas explicaciones sobre cómo, para el niño que ama a su madre los primeros conocimientos de la sexualidad, rechazados al principio, le terminan por dar una imagen muy degradada de lo que es la madre como mujer, es decir, con la revelación de que tiene sexo con ese otro que es el padre.

Se explica también el porqué de la serie que según Freud, se da porque ese primer objeto resultó imposible y hay que renunciar a él según la prohibición del incesto. Pero el sujeto queda igual fijado a las condiciones de ese objeto, de manera que toda otra que luego consiga será inconscientemente para él la sustitución de lo imposible. Con ese determinismo de fondo resulta un fracaso cada sustitución y, por eso, cada vez parece que será para siempre, pero la vuelve a sustituir; y eso se le impone más allá de los juramentos de fidelidad que el sujeto haya podido hacer.

En relación al padre, Freud afirmó que cuando la fantasía de redención es aplicada a éste predomina su sentido de independencia personal; en cambio cuando se refiere a la madre toma la mayor parte de las veces su sentido cariñoso. Esa forma de amor de “rescate” Freud la vincula a la significación que toma para el hijo el que la madre le haya dado la vida. Para el hijo se trataría de lograr saldar esa deuda definitivamente, realizando una suerte de proezas de amor absoluto y devolviendo eso que le debe al Otro, que ha sido ni más ni menos que la vida.

Entonces, señaló Freud que ya que la madre le ha dado al sujeto la vida, en la fantasía inconsciente, a él le corresponde devolverle ese don, el de dar vida, por eso engendrará un hijo y parirá un hijo. La idea de Freud es que el don de la vida misma es lo que necesita para entender el carácter increíblemente exaltado de ese amor. En las ideas amorosas estos sujetos llevan al extremo lo que se proponen hacer en

términos de sacrificio para salvar a su dama. Por eso Freud, tuvo que llegar a una cosa tan absoluta como tener que llegar a amar al estilo en que se debería amar a la madre, para devolverle por amor lo que se ha recibido de ella: la vida misma.

Lo anterior le daría esa intensidad un tanto delirante que Lacan mencionó en su Seminario X como típica del amor en la neurosis obsesiva. Según Lacan, lo típico del amor de un obsesivo es que es un amor “erotomaniaco” y no hace alusión al término como lo usa en la psicosis; sino que lo utiliza para indicar que en el obsesivo el amor toma una forma sintomática porque apunta a fundar al Otro del amor absoluto. Todo ese amor que toma el sesgo como “erotomaniaco”, en la obsesión está contenido en el amor “rescate”.

Para la condición del “tercero perjudicado”, de Freud, no se considera del todo que se trate de algo vinculado a una rivalidad con los hombres, es decir, a la oportunidad de ganarles robándoles una mujer. Freud dijo que estructuralmente, en muchos, casos en relación a ese tercero el sujeto no siente rivalidad ni celos, pues sentirá celos por los otros amantes de la mujer, pero nunca por el marido.

Es importante aclarar (Indart, 2000) que esta condición de los hombres en su encuentro amoroso, no es la referencia a un tercero imaginario ni a un tercero de la rivalidad ni a un tercero real que puede aparecer o no con su propio deseo. Es propiamente la referencia a un tercero de la ley, ella debe pertenecer legalmente a un orden (ley simbólica) del que el sujeto no sea el responsable. Como ejemplo, está el gusto por la mujer casada; es un gusto infantil -dijo Freud- y un poco cobarde desde el punto de vista del deseo.

Según Indart, para lo real del encuentro se impone la exigencia defensiva de que esté reglamentado bajo un orden, de modo que se lo pueda significar como desliz, como incidente pasajero, como aventura, etc. Es lo que indica lo imposible del encuentro y lo real del encuentro, y la solución sintomática es lograr ubicarlo en un campo simbólico reconocible. Por tanto, en un encuentro amoroso es pertinente averiguar las coordenadas del otro para hacerse una idea del orden simbólico al que responde.

El tercero perjudicado puede tomar a veces formas inversas en donde es el sujeto quien empuja a su mujer, incluso activamente, a que tome alguna relación con un tercero. Lo que construye el síntoma frente a lo real es tratar de civilizarlo un poco, colocando así a la mujer dentro de la ley de un tercero, sea marido, padre o lo que sea. Ahora queda un hueco para el deseo clandestino -que fascina al sujeto- como lo que transgrede pero sostiene la ley. Por lo tanto, hay que seguir el argumento en sus dos vertientes: defensa contra un encuentro con lo real imposible, es decir, simbolización de ella y “aventuras”.

Para esta condición del tercero perjudicado si una mujer fuese definitivamente propiedad del Otro, entonces se bloquearía todo deseo. Hay una transacción en el síntoma: es propiedad del Otro, pero cierra los ojos permitiendo los deslices (por lo que habría en el síntoma del hombre una articulación con la cuestión del no-todo). Asimismo, hay un elemento de estructura mucho más importante en la condición del “tercero” y que indica que el encuentro ha movido algo más que las condiciones fetichísticas, algo vinculado a otra cosa.

En “Lógicas de la vida amorosa”, Miller explicó qué significa que la mujer como tal es no toda para el Uno, puesto que en la soledad ella es el partenaire de su goce. Explicó también, que la mujer siempre engaña al hombre a partir de la estructura de su goce y lo engaña de un segundo modo en tanto Otro del amor, es decir, desdobra la

persona del hombre por la exigencia del amor. Y por encontrarla no-toda el hombre tiene tendencia a buscar una segunda, la cual no completará más su noción de la posición de la mujer. Por lo tanto, la condición del no-todo constituye algo más profundo que la del tercero perjudicado.

Para Indart, en la condición de *mujer fácil* se reduce a que es condición de elección que ella sostenga el fantasma del hombre y sus fetiches. Son rasgos para él por los que ella, siendo el falo, evoca una falta y esa es una condición erótica. De tal manera, que en esa condición se encuentra la completa opacidad del problema real del Otro sexo y de lo femenino, bien cubierto por el fantasma fálico según lo que al sujeto le resulte atractivo.

Por otro lado, Lacan en “*La significación del falo*” (cuyo escrito Miller recomendó considerarlo como la cuarta contribución a una psicología de la vida amorosa) busca una razón de estructura para la infidelidad masculina y da una explicación para ir tras lo real en el encuentro amoroso del lado de ellos. Para Lacan, lo que precipita al hombre en su vida amorosa a cambiar de mujer está determinado por el síntoma que escinde amor y deseo.

Todo el arreglo personal de una mujer es un don para el encuentro amoroso; pues se toma su tiempo y esfuerzo en el arreglo como un don de amor para el hombre, y que está articulado a algo muy real, porque da lo que no tiene y solo utiliza semblantes. Sin embargo, al ella dar todo este artificio por amor logra satisfacer en él la demanda de ser amado, pero le anula por completo el valor del rasgo atractivo para el deseo. Tiene que ir al encuentro de otra con rasgos atractivos y que no se los done por amor.

Con Freud se instruye el porqué de estas condiciones y de su vínculo con la prohibición del incesto que toca algo real e imposible, como fundamento de la serie. La idea de Lacan -lo real imposible tras el amor- distingue en la defensa la parte relativa a los rasgos fetichísticos de la defensa contra el amor. Se tiene claro en la condición de *rescate*, que toma muchas formas en las obsesiones, un intento de elaborar del lado de los hombres la cuestión del amor como tal.

Absolutamente ningún signo que venga del amado será entendido como algo que resquebraje el amor cuando la posición en el amor erotomaniaco ya es de una certeza psicótica. Cuando en el amor los datos de lo que podría diluirlo, inconsistirlo o increparlo empiezan a ser anulados es cuando el amor se vuelve espinoso y más real también. El amor ilimitado toca ciertas formas de amor que se pueden ver en la mujer, por ejemplo, en su posición de madres; éstas constituyen un empuje un poco erotomaniaco.

Por lo tanto, Indart (2000) afirma que esto que aparece en los hombres como rescate tiene sus comparaciones con los extremos del amor femenino como tal. Esa es la parte que está fuera de ley, fuera del orden simbólico, que siempre tiene maneras de expresarse un poco delirantes o místicas. Por eso, el amor siempre tiene palabras que se exacerban tanto; sin embargo, ese carácter ilimitado es el que se conecta con eso que no tiene palabras pero que hace a un Otro goce.

Si se quiere indagar qué es el Otro goce no hay otro dato, como lo señaló Miller, que el modo del amor en su dirección ilimitada como erotomaniaca. Hay que sospechar de este amor ilimitado y expansivo aún más allá de la renuncia al objeto, porque puede ser que ese amor ya no esté dirigido a esa mujer en sí, sino que el amor esté conduciendo al sujeto a otra cosa.

2.3. Clínica del estrago en la mujer

Se explicó la clínica del síntoma para el hombre; ahora para ubicar el tipo de relación con el partenaire del lado de una mujer se señalará el estrago. Cuando se toma la palabra estrago para la clínica del evento amoroso en una mujer hay que poder precisar que el estrago no puede ser clasificado; que el estrago es ser devastado en el sentido de un pillage. Un pillage lo alcanza todo sin límite, es un dolor que no para y que no conoce límites.

El término estrago (ravage) es un derivado de arrebatarse (ravier). El verbo arrebatarse es un retoño del latín popular “rapire”, un verbo que quiere decir “tomar violentamente” y que se encuentra en el “rapto”. Significa que algo o alguien es llevado por la fuerza, que se arranca. El verbo arrebatarse y el arrebatarse son también términos de la mística y significan en la lengua clásica que “uno es transportado al cielo”; en el horizonte de arrebatarse está el éxtasis. Lacan introdujo el término estrago Lacan para explicar la relación conflictiva entre la madre y la hija, pero lo extendió hacia la relación con el hombre, tal como lo indicó en el Seminario XXIII, “El sinthome”, al señalar que para todo hombre una mujer es un síntoma, pero para una mujer el hombre es un estrago.

El psicoanalista Mario Goldenberg en “De astucias y estragos femeninos” afirma que hay una cuestión de solidaridad entre síntoma-estrago y síntoma-superyó. A este respecto Miller dijo que las referencias son el “Seminario 17” cuando Lacan señaló que “el deseo de la madre siempre hace estragos”; y “El atolondradicho” cuando al referirse sobre la mujer y su relación con el complejo de Edipo indicó que “a ese caso la elucubración freudiana del complejo de Edipo en que la mujer es pez en el agua por ser la castración en ella inicial, contrasta dolorosamente con el estrago que en la mujer, que es en su mayoría, en relación a la madre, de la cual parece esperar en tanto mujer, más subsistencias del padre”.

Entonces enfatizó en una oposición entre la mujer como pez en el agua en relación a la castración, y el contraste de la relación con la madre en los casos donde se trata de esperar más subsistencia del padre. Goldenberg dijo que el modo de poder avanzar con la cuestión del estrago es, por un lado, por la vía del superyó, que no necesariamente está del lado femenino; sin embargo, se podría decir que la forma femenina del superyó es el estrago. Así, el síntoma podría considerarse como una manera de gozar mientras que el superyó es un mandato de goce. Ese matiz de diferencia entre la manera y el mandato acentúa el mandato borrando la singularidad y la manera, e indica la singularidad.

Goldenberg afirmó que lo femenino, en el Seminario 17 de Lacan, está referido a la posición de objeto *a*, y el Otro goce queda ubicado como un goce natural, infinito y que es necesario esperar hasta los seminarios Encore o L'Étourdit para poder pensar la cuestión del goce femenino de otra manera. En el Seminario 17, donde Lacan planteó el deseo de la madre como la boca del cocodrilo y el falo como el palo que permite que esa boca no se cierre, falta ubicar qué es lo femenino en juego en esa boca de cocodrilo; y cuando se refirió a que “el deseo de la madre siempre hace estragos” hace falta decir que allí también hay una mujer. Decir que hay una mujer es una manera de hacer inconsistir al cocodrilo.

Las referencias de Lacan al estrago antes del Seminario 17, se encuentran en el Seminario 5, en donde realizó una crítica a los postfreudianos que ubican el estrago del lado del padre omnipotente. Lacan salvó al padre como agente de la castración; luego, le quedó el estrago del lado materno, por lo que Goldenberg señaló lo que sería el estrago generalizado y dijo que el deseo de la madre es estragante en sí mismo, tanto para el niño como para la niña. Si la versión del Edipo como normalizador es la más conocida, es necesario observar su cara estragante. Goldenberg señaló que hay que prestar atención a dos elementos que se presentan constantemente en la clínica del estrago:

a) La boca del cocodrilo: Lacan en el Seminario 4 hablaba de los fantasmas de devoración materna. La castración materna implica para el niño la posibilidad de la devoración y la mordida. En relación a esta anterioridad de la castración materna, la castración paterna constituye su sustituto que no es tal vez menos terrible, sino que es por cierto más favorable porque es más susceptible de desarrollo, mientras que en el otro caso en lo que respecta al engullimiento y la devoración por la madre no hay salida de desarrollo. Es fundamental ese término “salida de desarrollo” para ubicar el pasaje necesario en la histeria hacia el amor al padre. Que no haya salida de desarrollo implica el atrapamiento del niño en esa posición que se llama estrago. Ese atrapamiento es lo que no puede soportarse, y es la posición del niño tomado por el deseo de la madre sin la mediación del falo.

Ella toma el cuerpo de su retoño en la medida del sin límite, que lo arrasa todo, que lo quita todo, por lo que se puede escuchar en la clínica particular ese “me lo ha quitado todo” de la niña. En cambio, para el niño, la castración del padre implica la posible salida hacia la identificación, lo que Lacan en esos primeros seminarios llamaba la posición del niño como súbdito.

b) La mosca que puede picarle: es una alusión a lo que Lacan llamaba la ley caprichosa del deseo materno y que describía como una ley incontrolada. Esta ley incontrolada persiste bajo la figura del superyó materno, incluso una vez que se sustituye esta ley de la madre por la ley del padre cuando funciona la metáfora. Por lo tanto, en la clínica se evidencia que a veces que hay relaciones terribles entre madre e hija y es obvio que hay una relación estragante, pero no se debe pasar inadvertido frente a aquellas relaciones madre-hija en las cuales no hay tales estruendos. Pues, siempre hay estrago en la relación madre-hija.

Según Goldenberg (2008), estos tres datos: 1). el fantasma de devoración; 2) la posición del niño como súbdito; y 3) la ley incontrolada de la madre, Lacan los desarrolló en el Seminario 5 como lo que hace al primer tiempo del Edipo, cuando la ley del padre está inscrita en la estructura -no se trata de psicosis- pero aún no funciona encarnada como prohibición, es decir, aún no se efectúa el segundo tiempo del Edipo. Lacan dijo que para el varón la fijación en ese primer tiempo es la predisposición para las diferentes formas de la perversión (fetichismo, travestismo y la homosexualidad) en cuyos casos se ha de sostener a la madre fálica por identificación. Es ese primer tiempo el que Lacan estableció como el *to be or not to be* el falo, en el sentido absoluto de encarnar el falo materno renegando su castración. Es el mismo punto donde se ubica el estrago materno femenino, en ese punto donde la prohibición paterna no funciona como tal. Entonces, del lado del varón, la perversión; del lado de la mujer, el estrago.

El segundo tiempo del Edipo implica la prohibición paterna, el punto donde el padre funciona revestido de ese símbolo pero interviniendo efectivamente: en ese tiempo lógico el **niño** debe resignar la posición de falo de la madre y su atravesamiento exitoso le permite, en el tercer tiempo, identificarse a la posición paterna para no ser el falo sin tenerlo. En la **niña**, resignar la posición fálica es más fácil, según Lacan, porque ella no debe pasar por la amenaza de castración dado que está privada del falo, y será lo que le permitirá después dos cosas: por un lado, sabrá adónde ir a buscarlo del lado del padre; por otro lado, podrá identificarse al semblante fálico como el ser el falo (que no debe confundirse con el primer tiempo donde se encarna absolutamente el falo materno).

Se trata de diferenciar la posición del estrago femenino –que no ha ingresado en la lógica del intercambio fálico- de la posición histórica –que se debe situar en relación al tercer tiempo del Edipo: ligada a los atributos fálicos, atrapada en el amor al padre e identificada con el ser del falo-. En referencia al complejo de Edipo freudiano, en él

la mujer es como pez en el agua porque no debe pasar por la amenaza de castración, de modo que se ahorra algo. Por eso, contrasta dolorosamente con el dejar de esperar subsistencia de la madre, lo cual quiere decir hacer el viraje hacia el padre, que es segundo en este estrago. Esta decepción de la niña - por lo que no obtuvo de la madre - lleva a un reclamo que en un segundo tiempo podría ser transferido al hombre, al primer marido. Y allí se tendría una ruta por la que el hombre toma el relevo del estrago materno, es decir, el hombre como partenaire estrago hereda ser el blanco de la reivindicación fálica.

Goldenberg señaló que el estrago en la relación madre-hija consiste, entonces, en una fijación a la ligazón-madre propia del primer tiempo, y a eso se referió Lacan con “esperar subsistencia de la madre”, es decir, no soltarse de esa posición. No resigna la ligazón-madre y, en tanto tal, queda condenada a la decepción y a la hostilidad. Si consiente a resignar esa ligazón, la posición de decepción -que pese a no eliminarse nunca- le permite pasar del lado del padre y con eso comenzar el circuito de los deslizamientos fálicos: esperar el falo del padre; luego, el hijo del padre; luego, el falo del hombre; luego, el hijo del hombre. Allí ya se puede decir que está instalada la posición histórica cuando la mujer queda ligada al circuito del intercambio fálico, es decir, en el estrago paterno.

Goldenberg retomó de Lacan aquello que dijo acerca de que el padre es segundo en el estrago, porque en la histeria el problema a resolver es justamente el estrago producido por el amor al padre y la identificación viril -como afirmó Lacan en *L'Étourdit*- es decir el hacer el hombre de la histeria, tal como se propone en el capítulo III en donde se trabaja Madame Bovary. Por lo tanto, se diferencia la histeria de la posición de estrago en la medida que supone que el estrago se relaciona con el no haber atravesado el primer tiempo del Edipo.

En este trabajo, en el punto “Clínica del síntoma en el hombre”, se aclaró la dimensión real de la condición degradada de una mujer para el hombre; entonces, es preciso aclarar también qué es lo que representa un hombre para una mujer a más del estrago, su utilidad -por llamarlo de alguna manera-. El psicoanalista francés Eric Laurent en *Posiciones femeninas del ser* trabajó aquella frase de Lacan que escribió en “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina” en donde dijo que “el hombre sirve de relevo para que la mujer se convierta en ese Otro para sí misma, como lo es para él”.

Indart citó a Lacan para referirse a que el masoquismo femenino se basa enteramente en el masoquismo primario, erógeno, es decir, al placer de recibir dolor; y que el concepto de privación le sirve mejor a Lacan, que lo introdujo para poder dar cuenta del goce particular que puede tener una mujer en despojarse del registro del tener, sin que eso dé cuenta de ningún masoquismo. La privación remite a algo fuera del registro del tener y de lo que se puede demandar, por lo que la mujer estaría en el registro del ser en el que no se demanda.

¿Cómo se obtiene un ser a partir del tener o no tener? Lacan aseguró que los niños y las niñas se separan en relación al ser. Indart señaló que los varones fabrican su ser amenazados de perder lo que tienen: la castración sobre el sexo masculino es la que produce la amenaza, por lo tanto, hacen su ser enfrentando la amenaza de castración. En las niñas, como la castración no se puede dar, no puede ser amenazada porque ya se efectuó; una mujer no tendrá ese temor y hará su ser franqueándose de su tener. Por eso, la mujer obtiene goce de la privación, ya que a partir del no tener ella no está amenazada por la castración.

Indart afirmó que es por esto que Lacan prefirió el término estrago al término masoquismo y no es porque las mujeres sean masoquistas, sino porque al no estar ese

límite, esa barrera de la amenaza de castración, pueden ser mucho más decididas para poner de sí mismas, para poner su cuerpo y alcanzar el punto en que se aseguran el goce del Otro. Si hay un ser de la mujer será en un suplemento, con un goce que ya no tiene medida fálica. El ser del sujeto no puede concebirse sino en relación a una falta y el suplemento que define cualquier posición femenina del ser está vinculado necesariamente a faltarle algo.

Indart dijo que desde el punto de vista del amor puede pasar que se quiera “dar todo al hombre amado”, “ser todo para él”, una vía en la que el mismo sujeto intenta transformar su tener en nombre del amor, sus bienes transformarlo en ser: “darlo todo para ser todo”, es decir, se fabricarán su ser a partir del tener precisamente perdiendo. Pero, hay que tomar en consideración, según Indart, que llegará un momento en el cual el sujeto se de cuenta que ya no es nada para el otro, que es el desecho maltratado, que se encuentra vacío. Una mala solución del masoquismo femenino será que entre el todo y la nada el sujeto quiera asegurarse un lugar en el fantasma del hombre.

La verdadera posición femenina es la que trata de ser no todo o nada, sino ser de Otro; ser Otro para un hombre, es decir, para su amado. Indart señaló retomando a Lacan, que la posición femenina es ser el Otro sexo, el sexo Otro, el que no se define con lo Uno, tener el objeto, ser portador del falo, por lo tanto para un hombre una mujer es Otro y el hombre para la mujer servirá de relevo para que la mujer se convierta en Otra para sí misma dividida en su propio goce en una parte que proviene del goce fálico y otra que es el éxtasis, llevada fuera de sí.

Entonces, Indart afirmó que del lado del hombre está el rebajamiento de la vida amorosa y del lado de la mujer una adoración más allá del hombre que es. Sin embargo, precisamente por estar por fuera del registro del tener siempre apunta al sin

límite, así serán también sus pedidos amorosos: siempre más, que le hablen más. Lacan ubicó el superyó como una instancia que no prohíbe, sino que más bien empuja al goce; por lo que se trataría en psicoanálisis de hacer inconsistir ese pedido femenino, al responder que no hay Otro del Otro. Por lo tanto, Indart aseveró que hay que hacer caer el semblante de la consistencia del Otro señalando que no hay palabras que alcancen para cubrir la no relación sexual.

2.4. El evento amoroso

Generalmente, en las relaciones de pareja se presentan muchas dificultades y muchas de éstas están relacionadas con el encuentro amoroso. En “Lógicas de la vida amorosa” se aclara que los encuentros son simplemente algún evento amoroso con la ilusión del amor por parte de una mujer, pues ella se prestaría como objeto de deseo de un hombre a condición de que la amarán. Entonces, al referirse al evento amoroso se debe señalar el carácter de intermitente y la importancia de la palabra en el mismo.

Miller señaló que Lacan privilegió la relación del deseo de la mujer con A tachado, con el objeto erotomaniaco, el que no es Uno y el que indica que es esencialmente el Otro que habla. En su Seminario XX Lacan presentó la carta de amor como el paradigma de comunicación verdadera entre una pareja, ya que siempre que se habla hay un malentendido estructural, lo que haría que la escritura, a partir de la carta de amor, fuera lo más cercano al testimonio del amor.

La psicoanalista argentina Karina Lipzer, en el artículo “El amor y el goce femenino”, destaca que se puede trabajar la cuestión del amor en el Seminario 20 desde distintas vertientes: a) En el capítulo 1 se puede trabajar la vertiente ilusoria del amor, es decir, la vertiente imaginaria. Un rasgo que vale para la persona, un rasgo ante el cual el

sujeto queda alienado. b) La segunda vertiente se desprende del capítulo de “*una carta de amor*”, aquí Lipzer señala que Lacan enfatizó que hablar de amor es en sí un goce, un goce específico del amor que no tiene que ver con el goce sexual y que Lacan ubica en el goce de la palabra.

c) La tercera perspectiva es la carta de amor y no es la imagen fascinante ni las palabras dichas. En la carta de amor hay una referencia al escrito y esto remite a una materialidad diferente a las palabras, es decir, a otra consistencia y una perdurabilidad en el tiempo que no tiene el dicho. Pero también remite a otra cuestión: “carta” en francés se dice igual que letra. Cuando está hablando de la carta de amor está hablando de la letra, es decir, del significante que no tiene por función remitirse a Otro.

Así, hay otra forma de extraer goce para una mujer y es a través de las palabras de amor. El desdoblamiento del goce del lado de la mujer hace que la demanda sea que el otro la ame y le hable. Esto es, del lado de la mujer, que este otro le debe hablar para que una mujer pueda reconocer en él el objeto de su deseo. La exigencia -a manera superyoica- de que el objeto sea Otro que hable es femenina, así como también muchas veces la queja en relación a lo que el Otro dice. En el hombre también podrían generarse quejas respecto a lo que el Otro dice, pero porque habla en exceso o porque exige que se diga demasiado. El lado macho, por tener de su lado al objeto *a*, responderá a una erótica del silencio.

Sin embargo, del lado del objeto erotomaniaco la palabra del Otro es un elemento intrínseco al goce. Por eso, se podría suponer que el hombre obtendrá goce y la mujer amor; aunque en realidad del lado mujer el amor está tejido en el goce, que en cierto modo es indisoluble. Miller señaló que la idea de que el amor esté tejido en el goce cuestiona la validez de la fórmula del fantasma que Lacan escribió en su esquema de

la relación con el Otro para ambos sexos, es decir $\$ \langle \rangle a$. Miller indicó que esta fórmula viene bien para el hombre, pero para la mujer es mejor si se sustituye el a fetiche y mudo por el Otro tachado (\mathcal{A}), ese Otro del deseo que ha de hablar para que el sujeto reconozca en él a su objeto. Por tanto, lado macho $\$ \langle \rangle a$; lado hembra $\$ \langle \rangle \mathcal{A}$ tachado.

En el Seminario XX Lacan señaló que del lado macho, el objeto a desempeña el lugar de lo que ocupa el lugar del partenaire faltante. Así, afirmó Miller que en el lado macho esto inscribe el horizonte del goce silencioso. La elaboración del goce femenino la ubicó en el binario entre el goce fálico y el goce suplementario, este último es aquel goce que no dice nada. Este goce suplementario, escrito como \mathcal{A} tachado, hace que una mujer tenga dos caras: por un lado, está el goce del cuerpo, rebasándola en la medida en que ella no está limitada al órgano fálico; por otro, está el goce de la palabra.

En el capítulo V del Seminario XX, se hace referencia al goce del *bla, bla, bla* y la tesis de Lacan es que el goce de la palabra, que evidentemente está ahí en el significante en cuanto tal, es especialmente el goce femenino suplementario. Es el goce erotomaniaco, en el sentido de que es un goce que requiere que su objeto hable. De esto es que se propone que para paliar algo del malentendido de los sexos es necesario el “inventarse un nuevo amor”. Entonces, el goce femenino suplementario es un goce que requiere que pase por el amor, mientras que el goce del lado macho no requiere de este goce de la palabra.

Debido a que el objeto de lado macho es por excelencia el fetiche, éste no requiere de la presencia del amor; mientras que en el lado mujer es preciso pasar por el amor en tanto que el amor habla, es decir, el amor no es pensable sin la palabra. Y al mismo tiempo, y precisamente debido a su forma \mathcal{A} tachada, es un goce del que no hay saber,

un goce del que no se puede decir nada, ya que está marcado por el sello de la ignorancia.

Señaló Miller que la fórmula $\$ \langle \rangle \mathcal{A}$ (tachada) indica el valor que se le debe dar al vínculo entre el amor y la suposición de saber, y que Lacan dijo que el amor se dirige a aquel a quien se le supone el saber. Esto en la medida en que el saber es supuesto y que no se puede explicar; y el equivalente, el representante de la suposición de saber - indefinidamente supuesto- es un índice de ignorancia. El lado izquierdo se manifiesta como un suplemento de a , mientras que el amor de lado derecho es verdaderamente un componente del propio objeto erotomaníaco.

2.5. El lenguaje y amor

En el capítulo IV, del Seminario XX, Lacan dijo que es evidente que en todo lo que se aproxima a la relación el lenguaje sólo se manifiesta por su ineficiencia, por eso lo que suple la relación sexual es precisamente el amor. Un sujeto no tiene mucho que ver con el goce, pero en cambio su signo puede provocar el deseo, éste es el principio del amor en donde se juntan el amor y el goce sexual. El lenguaje entonces es un aparato de goce, pues es el significante el que da goce; porque el significante es primero ya que antes de la palabra hay la lengua.

Lacan en el capítulo V, del Seminario XX, señaló que todas las necesidades del ser que habla están contaminadas por el hecho de estar implicadas en otra satisfacción a la cual pueden faltar. Esta otra satisfacción es lo que se satisface a nivel del inconsciente, que dice y no dice por estar estructurado como un lenguaje. El goce del que depende esa otra satisfacción tiene como soporte el lenguaje. Esta manera de fallar en la relación sexual macha y luego en la otra hembra (que se elabora con el no-

todo) es la única manera de realización de esta relación, ya que, tal como lo postuló Lacan, no hay relación sexual.

Lacan dijo que la esencia del objeto es fallar y que las viejas palabras sirven para que haya el goce que falta, pero éste debe traducirse en el goce que hace falta que no haya, es decir, un correlato de la no relación sexual y que es lo sustancial de la función fálica. Si hubiese otro goce además del fálico, haría falta que no fuese ese. El goce que le sobreviene al que habla es precisamente porque al estar inmerso en el lenguaje, las palabras no alcanzan para expresarlo todo y, por lo tanto, la relación sexual no es. Por eso es mejor que calle, lo cual vuelve un poco más pesada la ausencia misma de relación sexual; y, por eso, no calla y el primer efecto es que habla de otra cosa.

En el capítulo VI, del Seminario XX, Lacan tomó a la otra satisfacción como la satisfacción de la palabra, pues es la que responde al goce que justo hacía falta para que eso sucediera entre el hombre y la mujer, es la (otra) satisfacción que responde al goce fálico. El Otro -presentado en la época de “Instancia de la letra” como lugar de la palabra- si solo hay uno solito, ha de tener forzosamente alguna relación con lo que aparece del otro sexo.

En las fórmulas de la sexuación, Lacan puso del lado masculino que todo x es función de Φx ; y recaló que colocarse allí es electivo y las mujeres pueden hacerlo. Hay mujeres fálicas y la función fálica no impide a los hombres ser homosexuales, pero dicha función les sirve para situarse como hombres y abordar a la mujer. Lacan dijo que para el hombre, a menos que haya castración -es decir, algo que dice no a la función fálica-, no existe ninguna posibilidad que goce del cuerpo de la mujer, en otras palabras, que haga el amor.

Lacan indicó que el hombre cree abordar a una mujer, pero en realidad lo que aborda es la causa de su deseo (objeto **a**) y que en eso se diferencia el acto de amor del hacer el amor. El primero es la perversión polimorfa del macho, pero hacer el amor es poesía. Lacan continuó diciendo que lo que surge del psicoanálisis es la objetivación que el ser que habla aún pierde el tiempo hablando; con eso no se van a arreglar las cosas en la relación del hombre con las mujeres. Mientras dure este giro se podría talvez vislumbrar algo en lo tocante al Otro, ya que con eso tiene que vérselas la mujer. Lo que se ve por el lado del hombre es que tiene que vérselas con el objeto **a**, y que toda su realización respecto a la relación sexual desemboca en el fantasma.

Lacan señaló que el asunto es que el amor es imposible, que la relación sexual se abisma en el sin-sentido, cosas que en nada disminuyen el interés que se debe tener por el Otro. El asunto es saber en lo que constituye el goce de la mujer en tanto que el hombre no la ocupa por entero. El inconsciente da cuenta de que en algún lado, en el Otro, eso se sabe justamente porque los significantes con los que se constituye el sujeto son su soporte.

Lacan recalcó que la mujer solo puede amar en el hombre el modo que tiene de encararse al saber con que alma (todo el capítulo conjuga el verbo amar con alma, se condensa amor y alma como almor). Pero hay algo: el goce, y no saber si la mujer puede decir algo de él, es decir, si puede decir lo que de él sabe. Lo anterior lleva a preguntarse si ese término del que ella goza más allá de todo, ese jugar que conforma su relación con el hombre –y que Lacan llamó el Otro significándolo con una \mathcal{A} -, si él –ese término- sabe algo. Porque en esto ella -la mujer- está sujeta al Otro, tanto como el hombre.

Miller dijo que bajo la rúbrica de la causa del deseo hay una oposición entre el plus de goce y el amor, porque el amor por esencia no tiene límites ya que se encuentra

precisamente en el más allá del tener. El amor -en su definición lacaniana de dar lo que no se tiene- se apoya en la anulación completa del tener; es ahí que puede apuntar al ser en tanto más allá del tener.

Miller señaló que si el objeto fetiche se inscribe en el lado izquierdo, se caracteriza por el hecho de ser un elemento susceptible de encontrarse como Uno, lo que indica precisamente que no es el Otro. El objeto fetiche se satisface en el cortocircuito de la palabra; el objeto fetiche es por excelencia el objeto que no habla, el objeto inerte y coherente con una exigencia de goce que admite que la palabra permanezca fuera de juego. Lo que se encuentra en la homosexualidad masculina es llevar al límite esta forma de objeto fetiche: se puede hacer el amor sin hablar. El hombre heterosexual habla, pero porque se ve obligado; habla porque desde el otro lado lo que se le exige es el objeto erotomaniaco. El objeto erotomaniaco del deseo de la mujer es un objeto que tiene, por el contrario, la forma del Otro tachado; mientras que al objeto fetiche se lo representa con *a* minúscula.

Pero, ¿de qué manera, entonces, los hombres y las mujeres podrían encontrarse? Si el hombre se centra en el juego del cuerpo y la mujer necesita de la palabra de amor, ¿hay alguna posibilidad de que los dos seres se encuentren alguna vez? La demanda femenina sobrepasa al acto sexual y ese goce fálico en el hombre en lugar de aproximar a una mujer, la aleja. Miller al trabajar a Lacan comentó que en *Escansión N°1*, en “Despegue de la escuela”, se aclara el malentendido subrayando que una mujer sí puede tener la “satisfacción fálica verdadera”.

Al respecto, Goldenberg señaló algo interesante al trabajar a Lacan y fue que esa satisfacción se sitúa en su vientre, pero como respuesta a la palabra del hombre y que para esto es necesario que la mujer acierte con el hombre que le hable según su fantasma fundamental, el de ella; y que de este fantasma va a extraer a veces efectos

de amor, pero siempre efectos de deseo. Señaló, además, que esto no ocurre a menudo y que obedece a la dimensión de encuentro que -como ya se señaló- es tyche, es decir que es contingencia y que es real.

Señaló que es real porque el encuentro con este hombre que le hable a una mujer según su fantasma fundamental pone en juego algo de lo hetero que no se relaciona al goce fálico en donde ella sería objeto causa de deseo, sino más bien a esta satisfacción fálica verdadera en una mujer, la que está en relación al falo. El goce de la mujer es un goce que dificulta el vínculo con el hombre y viceversa, y aunque la mujer no está privada del goce fálico -ya que consiente ubicarse como objeto causa de deseo del hombre- hay algo más allá en esta demanda de goce inefable.

Según Goldenberg (2008), Lacan en “El atolondradicho” plantea que cuando se refiere a que una mujer reclama ser la única para la otra parte hay un punto en relación a esa demanda en el que ningún hombre la puede acompañar y es el que habla de “la compañera de su soledad”, es decir, que la solución no estaría solo por el lado del amor o por el lado de aquel Otro que puede reparar la falta en ser -la demanda femenina-, sino que hay algo más allá del amor. Ese algo más allá del amor es lo real.

Hacer el amor es poesía, entonces, el hombre que se relacione con una mujer hablándole a su fantasma, al de ella, no tomándola en tanto objeto causa de su deseo solamente, ese hombre cuando haga el amor, estará en la dimensión real del amor y no en la dimensión imaginaria del amor -la especular- ni en la dimensión simbólica del amor -la que está vinculada al Otro social, a las identificaciones-. La idea de que el amor sobreviva podrá realizarse si no se lo somete al cálculo ya que el amor es una apuesta, un riesgo. Sin embargo, cada vez más hay menos relaciones “frente a frente” –como lo trabaja Zygmunt Bauman en su libro *Amor líquido. Acerca de la fragilidad*

de los vínculos humanos- sino que encontramos mayores “conexiones y desconexiones”, ahora lo que importa es la evitación de riesgos y el evento amoroso sería sin consecuencias.

La relación amorosa se reduce a una relación de consumo que no es la de las compras sino de obtener objetos para deshacerse de éstos y consumir otros. En ese usar y tirar el objeto amoroso pasa a ser un *gadget* que produce en el mejor de los casos una sensación nueva para luego descartarla.

La poesía –el uso de la palabra en el análisis- permitiría transformar a ese sujeto del goce y relacionarlo de otra manera con lo Otro que es lo femenino; sin embargo, el amor como tal precisa la noción del *entre* (hiencia), pero el capitalismo es el rechazo de ese *entre* y lo que introduce en el lugar del *entre* es el *gadget*; pues en lugar de las cosas del amor (la castración, soportado por el N-D-P) está el *gadget* permitiendo una caída del lazo social y un empuje al consumo.

¿Qué respuesta hay para este desencuentro? En el texto *Del Edipo a la Sexuación* se encuentra el artículo “El secreto de las condiciones del amor” en donde Jacques-Alain Miller propone, siguiendo a Freud, que “la mujer es un tabú” en tanto que manifiesta para el hombre una dificultad para acceder a ella, lo que para Freud no es más que la otra cara de su propio impasse para soportar al hombre y que la única esperanza que se esboza es en un segundo matrimonio; en el artículo anteriormente mencionado Miller coincide con Freud en que el tabú de la virginidad indica que hay cierto peligro porque el estrago de la niña con la madre se desplazará luego al primer marido.

Ciertamente no se propone acceder a un segundo matrimonio para asegurar la felicidad en la pareja, así como tampoco se puede considerar al “hombre sin

ambages” como el prototipo ideal de hombre a conseguir, ya que es el “hombre que no da vueltas, el hombre que se orienta en el asunto de lo sexual y quizás incluso el hombre para el cual no existe el tabú de la mujer”; es decir, es aquel que sabe hacer con una mujer, pero colocado en una posición cínica.

En el amor neurótico existe la fase de idealización en donde el objeto amado es elevado a la altura de lo agalmático; pero, luego de algunos eventos amorosos, con el convivir diario el ideal se esfuma y se revelan los defectos y las virtudes del amado. Quizás, el conocer el porqué de la elección del partenaire permita acceder a una relación más sincera y real que, sin embargo, no deja por fuera el desencuentro estructural.

CAPÍTULO III

DEL BOVARYSMO A LA DEVASTACIÓN FEMENINA TENEMOS EL CASO POR CASO

3.1. Relación de la Obra literaria “Madame Bovary” con la teoría psicoanalítica

Aquí se trabaja la posición masculina y femenina teniendo como soporte la novela “Madame Bovary”, del escritor francés Gustave Flaubert -quien es considerado el fundador de la novela moderna y uno de los más grandes escritores del siglo XIX- y del ensayo “La orgía perpetua. Flaubert y Madame Bovary”, de Mario Vargas Llosa.

Mario Vargas Llosa es un narrador peruano que nació en Arequipa en 1936; ha publicado piezas teatrales, estudios y ensayos, memorias y, sobre todo, novelas. En el libro “La orgía perpetua. Flaubert y Madame Bovary”, Vargas Llosa hace un análisis literario de la novela “Madame Bovary” a manera de ensayo en donde advierte al lector que “hacía años ninguna novela vampirizaba tan rápidamente mi atención, abolía así el contorno físico y me sumergía tan hondo en su materia...”. Se toma esta novela como apoyo debido a que, aunque data de mucho tiempo atrás, revela lo que se pretende ejemplificar de la teoría psicoanalítica con tal actualidad que permite ubicar los puntos trabajados en los dos capítulos anteriores.

La novela tiene una historia que cautiva, pues para empezar se relata la vida de un niño que fue criado en el campo y cuyo padre heredó una pequeña fortuna que dilapidó, y cuya madre quiso que estudiara por encima de todo; pese a esto, este niño –Charles- no fue un gran estudiante y a fuerza de presión se graduó. Su madre le encontró como esposa a Eloísa -una viuda huesuda y simplona- creyendo que tenía dinero, pero al saberse descubierta -la esposa- al cabo de unos días súbitamente

murió. Ya Charles había asistido al Sr. Rouault, quien se había quebrado la pierna y que poseía una propiedad donde trabajaba y vivía con su hija Emma.

Después de enviudar Charles y luego de las continuas visitas a la casa de aquel paciente, es inquietado por éste para que corteje a su hija y la haga su esposa. Y en realidad, ella no le era indiferente: “le sorprendió la blancura de sus uñas, brillantes, de puntas agudas, más limpias que los marfiles de Dieppe -su esposa muerta- y recortadas en forma de almendra...lo más bello eran sus ojos, que aunque pardos, parecían negros bajo el espesor de las cejas. Su mirada era franca y de una osadía provocadora”. Tanto la fisonomía como los atavíos hacen parte de lo que Charles encuentra como condición de enamoramiento ya que “le gustaban los diminutos zuecos de Emma sobre las brillantes losas de la cocina, los altos tacones que aumentaban su estatura”.

Se puede apreciar la elección de la pareja sexual a través de la condición fetichística del hombre, es decir el acceso al partenaire con la condición del objeto que es necesario para cada cual. Incluso el autor de la obra, Gustave Flaubert, tuvo especial admiración por los botines de las damas y es así que él proyectó este gusto en un episodio de Madame Bovary por lo que Vargas Llosa al analizar la obra explica que “un niño, Justin, ruega a la sirvienta le permita lustrar los botines de Emma, que el niño toca con amor reverente, como objetos sagrados” (p.37). Vargas Llosa continúa señalando que en un borrador de la obra de Flaubert, el personaje de Charles, “al contemplar durante la extremaunción los pies de Emma moribunda, se llena de recuerdos eróticos; vuelve a verse el día de su boda, desanudando los cordones de los zapatos blancos de Emma” (p.39). Es así que tanto los pies como los zapatos femeninos revisten importancia en la vida erótica de los hombres de la novela tal como Justin, León, el notario, Rodolphe y Charles.

Ocurre el casamiento, pero sobreviene la desilusión en ella ya que “antes de casarse, Emma había creído sentir amor, pero la dicha que debía resultar de este amor no llegaba. Creyendo haberse engañado, Emma trataba de comprender el verdadero sentido de las palabras felicidad, pasión y embriaguez, que tan hermosas le parecieron en los libros”. Emma trata por todos los medios de ser la mujer juiciosa (“me he contenido”, se dice a sí misma luego de que el comerciante, el Sr. Lheueux, le ofrece por primera vez su mercadería), ama de casa excepcional y buena esposa, pero al sacrificar su deseo se deprime amargamente y se llena de rabia a la vez por tener como marido a un “pobre hombre”.

Emma fue una joven virgen criada en el convento de las *Ursulinas* en donde recibía una *educación esmerada* acorde a lo que necesitaba saber una mujer de su época - baile, geografía, dibujo, hacer labores y tocar el piano-, pero que además -gracias a una señora de la alta sociedad que se encontraba en bancarrota y colaboraba con las monjas- leía novelas en las que había historias de hombres y mujeres con una vida llena de viajes, dinero, amor, pasión y aventuras. Emma se casa ilusionada del amor que le proporcionan las historias de las novelas, mas su casamiento no obedece al orden del encuentro en cuanto real, sino que es una consecuencia de acuerdos simbólicos.

Charles, médico de profesión, se casó atraído por aquella señorita y al encontrarse realmente enamorado de Emma y poseerla cree que ya tocó el cielo, no adivina que en el fondo su mujer no lo soporta ya que él no percibe la pasión que Emma desborda. Cambian su domicilio de Tostes a Yonville para aliviar la crisis de nervios que Charles aduce en Emma y ahí nace Berta, su pequeña hija. En esta nueva ciudad Emma conoce a León, quien será su primera ilusión terrenal reprimida -cuando era pasante de notario- y que, más adelante, será su segundo amante. Rodolphe, hombre astuto en el arte de la conquista y su primer amante, llegará poco después que León

ha partido para Rouen para olvidarse de esta pasión prohibida; Rodolphe, valiéndose de palabras de amor, sabrá convencer a Emma Bovary de ser amantes.

Para él, era la oportunidad de continuar la serie de amantes mientras que para Emma él representará el amor y la posibilidad de ser tomada con la pasión que ella espera. Sin embargo, lo que ocurrirá es que mientras él desnudará su cuerpo ella desnudará su alma, y tampoco ocurrirá el encuentro sino tan solo el evento amoroso. Rodolphe como gran conquistador, entiende de mujeres y lo que un hombre debe hacer para lograr la mirada de una mujer, él pensaba:

Debe ser un bruto –Charles-. Con sus uñas sucias y barba de tres días tiene que cansarla. Mientras él corre por ahí visitando enfermos, ella se queda zurciendo calcetines. Se aburre, querrá vivir en la ciudad, bailar polka por las noches. ¡Pobre mujer! En medio de su aburrimiento, piensa en el amor...con unas cuantas galanterías se la conquista, seguro. ¡Sería estupendo!, Sí, pero, ¿cómo desembarazarse de ella después? (p.129).

Empezará, entonces, una serie de engaños de Emma hacia su marido; pero Charles parece no darse cuenta ni tener la precaución de cuidar a su mujer de algún hombre galante. Es más, ocurre que Charles incita –de buena manera y sin conciencia del perjuicio- a que su mujer cabalgue frecuentemente con el apuesto Rodolphe y, años más tarde, a que ella se quede en Rouen para que sea León quien la acompañe a presenciar el final de una obra de teatro. ¿Qué sucede durante todo este tiempo de aventuras amorosas extramaritales? Pues, que Emma gasta en demasía: renueva cosas de su casa, gasta en ella y en sus amantes, descuida a su hija unas veces y otras se llena de amor por ella.

Poco a poco, irá endeudándose más y más, disponiendo extensiones a sus pagarés y, pese a haber hecho mil jugarretas monetarias a espaldas de su marido, no logrará saldar sus deudas, por lo que pretenderá que alguno de sus amantes le preste dinero para cubrir los 8000 francos que debe. León la mira extrañado sin decirle nada, pero al escuchar los planes de Emma piensa que ella es muy peligrosa como para continuar la relación, promete buscar a un amigo rico que seguro le prestará el dinero, por lo que le asegura que estará en su casa a las tres de la tarde para entregárselo; por supuesto nunca llegó. Cuando Emma acude a Rodolphe, éste se asombra y cree que ella ha acudido presa de la nostalgia; sin embargo, cuando ella le pide el dinero él se entera del verdadero motivo por el cual ella acudió. Rodolphe le dirá sin ningún reparo que él no tiene el dinero y que no la va a ayudar.

Entonces, Emma se enloquece y le dirá: “¡No los tienes...! ¡Hubiera debido ahorrarme esta última vergüenza! ¡No me has querido nunca! ¡No vales más que los otros!..”(p.280). Emma repara también en la posición rebajada de la que ha sido objeto en sus amoríos con Rodolphe y aquí se puede constatar lo que es la falsa solución femenina, que es marcada por la privación y con el componente superyoico femenino y estragante implícito en “dar todo lo que tiene para ser todo para un hombre”; respondiendo a una lógica del Todo en donde hay un recubrimiento entre la falta y el todo, es decir, ser todo para un hombre es ser lo que le falta. La solución femenina verdadera –según el psicoanalista Eric Laurent- no es enfrentarse al “todo”, sino ser “Otro para un hombre”.

Emma estragada no puede no ser *todo para un hombre*, pues ella lo ha dado todo y de ahí su locura luego de que su amante no la sostiene:

¡Yo en cambio, te lo hubiera dado todo, lo hubiera vendido todo, habría trabajado con mis propias manos y pedido limosna en los caminos por una mirada tuya, por una sonrisa, por oírte decir: “Gracias”. Y tú te quedas aquí,

tranquilamente sentado en tu sillón, como si aún no me hubieras hecho sufrir bastante. Sin ti, bien lo sabes, yo hubiera podido vivir dichosa. ¿Quién te obligaba? ¿Era una apuesta acaso? Me amabas, sin embargo, según decías... Y ahora un poco aún... ¡Hubiera sido preferible que me despidieras! ¡Aún tengo mis manos calientes de tus besos, y en esta misma alfombra, de rodillas, me has jurado amarme eternamente! ¡Así me lo hiciste creer y durante dos años me has hundido en el más suave y magnífico de los sueños (...)! (p. 280,281).

Emma ve desfallecida la esperanza de saldar sus deudas, pero por sobre todo se da cuenta de que ella lo ha entregado todo y que su amor no ha valido nada, y sabe que al menos ellos pudieran, por el supuesto amor hacia ella, salvarla. Emma cae en un momento de locura porque no hay un Otro que la sostenga y recuerda la carta que le envió Rodolphe previo al viaje que iban a hacer para irse lejos y vivir su amor, entonces le reclama: “ (...)¿Recuerdas nuestros proyectos de viaje? ¡Oh! ¡y tu carta, y tu carta! ¡Me desgarró el corazón! ¡Y luego, cuando acudo a ti, a ti que eres rico, feliz y libre, yo suplicante, ofreciéndote toda mi ternura para implorar un socorro que no me negaría el primer desconocido con quien tropezase, me rechazas porque esto te costaría tres mil francos! (p.281).

Emma no pudo soportar el desamor, fue demasiado para ella entonces, al partir “cayó en una especie de estupor y sin más conciencia de sí misma (...) la locura la dominaba, tuvo miedo, pero consiguió dominarse, aunque de una forma confusa, es cierto, porque no recordaba la causa de su horrible situación, es decir, la cuestión monetaria. No sufría más que en su amor y abandonaba su alma a su recuerdo, como los heridos que, agonizantes, sienten escapárseles la vida por la herida que les desangra” (p.281). Se trata de la locura femenina ocurrida dada la desesperación de una mujer al no encontrar la manera de sentirse escuchada lo suficiente por su amado.

Emma tendrá una alucinación camino a su casa:

“De pronto, pareció que en el aire estallaban globos de fuego como balas fulminantes que giraban y giraban hasta fundirse en la nieve...aparecía la figura de Rodolphe...su situación apareció ante ella como un abismo. Jadeaba hasta quebrarse el pecho...luego, en un transporte de heroísmo, que casi la puso alegre...y se detuvo ante la puerta de la botica. (p. 281,282).

Con la ayuda de Justino -y sin pretenderlo él-, Emma tomó de un frasco -bien resguardado en la botica del Sr. Homais- un poco de polvo blanco, que era arsénico, el cual inmediatamente se llevó a la boca y, luego, se marchó. Al volver a su casa, su esposo llorando la cuestiona sobre los pagarés y sobre sus engaños y ella le dijo que no le preguntara nada y se sentó a escribir una carta –en donde pedía que no se acusara a nadie de su acto-, luego, se acostó en su cama para esperar la muerte.

Vargas Llosa escribió que:

“La rebeldía, en el caso de Emma, no tiene semblante épico que en el de los héroes viriles de la novela decimonónica, pero no es menos heroica. Se trata de una rebeldía individual y, en apariencia, egoísta: ella violenta los códigos del medio azuzada por problemas estrictamente suyos, no en nombre de la humanidad, de cierta ética o ideología. Es porque su fantasía y su cuerpo, sus sueños y sus apetitos se sienten aherrojados por la sociedad, que Emma sufre, es adúltera, miente, roba, y, finalmente, se suicida” (p.23,24). (...) las ambiciones por las que Emma peca y muere son aquellas que la religión y la moral occidentales han combatido más bárbaramente a lo largo de la historia. Emma quiere gozar, no se resigna a reprimir en sí esa profunda existencia sensual que Charles no puede satisfacer porque ni sabe que existe, y quiere, además, rodear su vida de elementos superfluos y gratos, la elegancia, el refinamiento, materializar en objetos el apetito de la belleza que han hecho brotar en ella su imaginación, su sensibilidad y sus lecturas (p. 24,25).

Pero, por qué la rebeldía de ella; ¿qué pasa con Emma y Charles como pareja? Ese es precisamente el problema: ellos no constituyen una pareja como tal. Charles está enamorado y la desea, pero eso no es suficiente, porque para que se conforme una pareja debe haber deseo de ambos lados; el hombre la deseará a base de sus condiciones fetichísticas y la mujer consentirá el someterse a ser objeto causa de deseo toda vez que su deseo pase por el amor, pero esto no sucede con Emma.

Ella no ama a Charles, se casó ilusionada del amor y lo hubiera podido llegar a amar si hubiera encontrado en él a un hombre que la llenara de palabras de amor, tal como lo hacían sus amantes. En cambio, él está maravillado con su mujer, pues es una dama culta, bella, preocupada en los quehaceres de la casa y esa limitación de pensamiento es lo que produce la rebeldía de Emma, que él no le diga palabras de amor, porque eso es lo que ella necesita. La palabra de amor presenta la resquebrajadura en el Otro, el deseo de ella en el Otro, ya que hablando él se puede mostrar como Otro tachado, incompleto para ella, y esto es lo que necesita la mujer en la relación. Éste es el carácter erotomaniaco del lado femenino.

Charles no percibió jamás que su esposa se asfixiaba en el mundo en el que convivían, que no lo admiraba –lo que pudo haber cambiado si la operación de pie zambo hubiera resultado con éxito– sino que más bien quería huir. Este fracaso del marido lo coloca a él totalmente caído frente a ella: no lo desea, puesto que no es apuesto ni culto; no lo admira, puesto que se deja humillar por otro doctor y fracasa en el único intento de lograr un nombre a la altura de Emma.

Ella quizás se pudo haber sostenido en una relación en donde pudiera admirar, sublimar sus deseos y dedicarse a ser una mujer para su marido, una madre para su hija y una dama para la sociedad, pero no necesariamente hubiera florecido el amor. La verdad es que no hay receta ni fórmula exacta para calcular o predecir de qué

manera dos personas que se encuentran se van a enamorar, eso es contingente y dependerá de lo que “ya estaba escrito”, pero leído desde lo inconsciente.

Vargas Llosa señaló que:

“Emma quiere conocer otros mundos, otras gentes, no acepta que su vida transcurra hasta el fin dentro del horizonte obtuso de Yonville (...) la rebeldía de Emma nace de esta convicción, raíz de todos sus actos: no me resigno a mi suerte, la dudosa compensación del más allá no me importa, quiero que mi vida se realice plena y total aquí y ahora” (p. 25).

Vargas Llosa propone que la escena del baile es la que cambia la vida de Emma y que aquel es el principal ejemplo de que al contacto con la riqueza ella quedó inquietada para siempre. Sin embargo, en la tesis se considera que -aunque sus lecturas son importantes para suponer el peso que tuvo su imaginario- no se puede adjudicar por entero al baile la inquietud o la rebeldía de Emma, tal como Vargas Llosa lo propone; más bien, parece que no halló en su pareja a un hombre que le sirviera de “relevo”, que le permitiera soportar eso que ella no podía explicarse, que la mantuviera ocupada en los vicios de la carne y que la contuviera, que limitara a ratos lo que por estructura se escapaba.

Vargas Llosa indica:

“Pero Emma representa y defiende de modo ejemplar un lado de lo humano brutalmente negado por casi todas las religiones, filosofías e ideologías, y presentado por ellas como motivo de vergüenza para la especie (...). Al cabo del tiempo, sectores cada vez más amplios han llegado a admitir que el hombre tenía derecho a comer, a pensar y expresar sus ideas libremente, a la salud, a una vejez segura. Pero todavía, como en los tiempos de Emma

Bovary, se mantienen los mismos tabúes que universalmente niegan a los hombres el derecho al placer, a la realización de sus deseos (p.25).

Pero, ¿qué quería finalmente Emma? Tal vez ella nunca lo supo realmente; ni siquiera tenía con quién desahogar sus pensamientos, ya que no lo pudo hacer con un cura ni con su esposo y, si se analiza bien, ni con sus amantes. Ella se quejaba de su vida monótona; decía que quería viajar, huir de Yonville, conocer París, pero ¿para qué finalmente? Puede ser para buscar, sin saberlo, algo que tapone su soledad.

Se infiere que Vargas Llosa adjudica al final de la protagonista, que Emma es una mujer que ha vivido a destiempo, porque no ha podido con todas sus fuerzas realizar sus deseos porque escribió que: “(...) la historia de Emma es una ciega, tenaz, desesperada rebelión contra la violencia social que sofoca ese derecho” (p. 25) (...) el dolor y la impotencia la acercaban un instante a la locura” (p. 27) y que su final es el “resultado de todas las hazañas y todos los cataclismos del hombre: la capacidad de fabricar ilusiones y la loca voluntad de realizarlas” (p. 42).

Emma se convierte en una mujer desenvuelta y se acicala como nadie para los encuentros amorosos con sus amantes, tal como lo señala Vargas Llosa: “Emma desanudándose los cabellos como una consumada cortesana ante León, o cuidando su persona para el amor con refinamiento y previsión (...)” (p. 32,33). Es este don -el arreglo personal- al hombre por amor, el que también logrará al final apartar a Rodolphe, ya que Emma lo entrega por amor y él se percata de ello; hubiese sido más fácil para él si sus amoríos con aquella mujer casada –condición del tercero perjudicado- se mantuvieran por pura pasión.

Nunca se la vio más hermosa y elegante a Emma que cuando tenía sus amores, sin embargo, ellos parecen ahuyentarse cuando perciben el amor de aquella dama. Con León le pasa algo particular, también se convierte en una especie de matrimonio al que hay que salvar. Emma era la mujer perfecta y exquisita dama con quien podía satisfacer sus instintos -mujer ajena, prohibida-, y una vez que confiesa su amor, ellos dudan y cambia la relación, pues tienen en su mente la idea de separarse. En esta novela se presenta este requisito que corresponde a la primera condición de Freud de la elección degradada del hombre: el tercero perjudicado, es decir, que para que ocurra el flechazo se necesita que sea de alguien más, de un tercero por ley; ellos juran amor, y al parecer lo sienten, pero al mínimo atisbo de separación del marido – como ocurre cuando Emma incansablemente les pide que huyan con ella- los amantes desisten de la relación y continúan la serie con otras.

Vargas Llosa dijo que:

“El desánimo, el desasosiego, poco a poco, convierten a Emma en una adúltera, consecuencia de su frustración matrimonial y esta frustración es principalmente erótica. El temperamento ardiente de Emma no tiene un compañero a su altura en el agente de sanidad y esas insuficientes noches de amor precipitan la caída. En cambio a Charles le ocurre lo contrario: esa mujer bella y refinada lo contenta de tal modo, a él, que aspira a tan poco en ese campo (...), que, paradójicamente, anula en él toda inquietud, toda ambición: lo tiene todo, para qué quiere más. Su felicidad sexual explica en buena parte su ceguera, su conformismo, su pertinaz mediocridad” (p.33). “Emma trata de sacar partido de sus “limitaciones” y, convirtiendo el vicio en virtud, la regla en excepción, rompe los condicionamientos que pesan sobre su persona (su sexo) e inicia un proceso que es, sin la menor duda, un oscuro, instintivo proceso de liberación” (p.34).

El error de Charles fue no adivinar o conocer que una mujer tiene una parte que la ata al falo –generalmente, la mujer prudente se liga más a este lado- y esto la preserva, en cierta medida, de la locura aunque ella se vincula también en su desdoblamiento con la falta en el Otro, esto último es peligroso ya que hace que esté más próxima a la locura, que se extravíe; fue precisamente esta condición femenina que no pudo colmar Charles, no así –aunque por épocas- sus amantes.

Vargas Llosa escribió que “en el escritor hay un desdoblamiento constante, que en él coexisten dos hombres: el que vive y el que mira al otro vivir, el que padece y el que observa ese padecimiento para usarlo” y que de esto se sirve el escritor para dar vida a una historia desde lo recorrido del otro. Entonces, el escritor usa las palabras de tal forma que vacía lo que tiene dentro e incorpora en sus proyectos lo que le sirve del otro, se libera de alguna manera. Emma no tuvo esa posibilidad, pues no fue mujer de letras, sino de acción; tampoco fue escuchada ni por el cura ni por su marido ni por sus amantes, aunque es preciso señalar que ella no lo buscó con fervor y, a la vez, dejó de lado lo que tal vez pudo haberla entretenido y aliviado: el piano, la pintura, la escritura.

Vargas Llosa escribió que la crisis financiera de Emma es la de tener la necesidad de juntar el “adulterio con el lujo y el derroche”, por lo que recurre al comerciante, no tiene temor de robar a su esposo y todo esto conllevará a que se vean embargados sus muebles; más, cuando acude suplicante a sus amantes se denotará la infamia de ellos y la humillación de Emma. Vargas Llosa escribe que: “evidencia la derrota de una mujer a quien el deseo de vivir por encima de los condicionamientos que su situación le impone la lleva primero al adulterio y luego al desastre (...) Su tragedia consistió en querer insertar sus sueños en la realidad, en intentar realizar estos deseos, en eso está su locura y su grandeza (p.122).

Posiblemente, el impulso de comprar es un intento de poner límite a este Otro goce que la lleva, más bien, al extravío. Adquirir objetos y engalanarse la entretiene para no acceder a la locura y, en la medida en que no puede sostener económicamente estas adquisiciones, su ser empieza a resquebrajarse, pues no tiene un ancla firme que la ate a la vida y pierde su identidad porque no la encuentra en el amor. Es por esto que parece que su suicidio fue un pasaje al acto, ya que ella no siente que tiene referente alguno para mantenerse con vida, de ahí que elija el suicidio como solución.

Vargas Llosa señala que “Emma, de carácter fuerte, audaz y con acciones temerarias será abandonada por un amante que en vez de romper personalmente se vale de una carta, su fin es el suicidio por medio del veneno” (p.103). Sin embargo, es solamente este amante el que se percata de que Emma quiere ser quien cierre la serie para él, la que se ubicaría como situada en la excepción. Vargas Llosa afirma que “Sobre las características de Emma se resaltan la falta de inhibiciones, la aptitud voluptuosa, con un carácter tempestuoso y su disposición meridional hacia la truculencia y el gesto”.

Sobre la maternidad Vargas Llosa comentó que se evidencia “que Emma siente indiferencia y franco disgusto por la maternidad” (p.108) por tanto es Carlos quien en realidad acoge a la pequeña, ya que estando embarazada Emma tal como se recoge en la obra de Flaubert:

“(…) al principio sintió gran extrañeza, luego deseaba dar a luz para saber lo que era ser madre. Pero como no podía disponer de dinero a su antojo (...) en un arranque de amargura la canastilla se la encargó a la costurera del pueblo sin escoger ni discutir nada. No se entretuvo, pues, en esos preparativos que excitan la ternura de las madres, y por ello su afecto por el futuro hijo quedó algo atenuado desde su origen (p. 96).

Uno de los sentimientos maternos francamente ocultos es el hecho de esperar un hijo varón, hecho más bien inconsciente que se puede delatar al final de un análisis, incluso, indicando por parte de la paciente la inconformidad de su propio sexo. En la novela, a Bertha la amamantará la mujer del carpintero y será ella quien la cuide en su casa hasta casi un año de nacida la pequeña, ya que para Emma:

(...) como Charles, durante sus comidas, hablaba del niño, Emma terminó pensando en él con frecuencia. Deseaba que fuese niño. Sería fuerte y moreno y se llamaría Jorge. La idea de tener un varón era el esperado desquite de todas sus pasadas impotencias (...) un domingo, a eso de las seis, al salir el sol, Emma dio a luz. –Es una niña, dijo Carlos-, ella volvió la cabeza y se desvaneció” (p. 96).

Al llevar a vivir a casa a su hija -llevada por el remordimiento que tiene por sentir cosas que no puede ni explicar, pero que sabe que no corresponden a lo que sería “una dama”- y querer, además, reparar el tiempo perdido con su pequeña con el día a día de la convivencia llegará un momento en el que al mirarla dirá: “qué raro...!qué fea es esta niña!”. Es una expresión que da cuenta de que Emma Bovary es una mujer antes que madre y no hay en la novela un episodio en donde francamente ocurra una escena de amor filial y auténtico entre madre e hija. Por supuesto, la quiere pero tampoco será su hija quien sirva de ancla para seguir al lado de su marido -como en el caso de algunos matrimonios- y tampoco por quien se sostenga para no pasar al acto como en el suicidio.

Emma no hace el intento de confesar estos sentimientos -de soledad, de hastío, de desesperación- a su esposo, para qué hacerlo si encuentra en él a alguien simple, que no tiene ambiciones, que no entiende a una mujer. En un episodio Emma busca tener sosiego y de alguna forma acallar lo que está sintiendo, es ahí cuando busca al cura del pueblo pero en medio de tantos intentos no consigue ni ser escuchada ni orientada

ya que el sacerdote estará más atento a las chiquilladas de un grupo de niños en una tarde de catecismo, no aprovechará la crisis de religiosidad de la que es presa Emma. Por tanto, hubo una oportunidad, pero el interlocutor no supo estar atento a lo que aquella mujer venía a depositar en él, a lo mejor su destino hubiera sido diferente, sin aquella fatalidad.

Son algunos los episodios en los que Emma debido a su estado emocional se ve cansada y sin fuerzas, presa de la tristeza y es sólo cuando realiza sus deseos que nuevamente se recupera, por esto cuando León viaja a Yonville, Emma se queda profundamente triste y empieza a asociar pequeños detalles al recuerdo de él tratando de que no muera; sin embargo este amor va poco a poco disminuyendo hasta decaer. Hay algo en Emma - lo real- que hace que ella no se vincule verdaderamente a nada, es una mujer que reiteradamente busca el amor pero no se lo cree porque imagina que la realidad del amor es tal cual la historia de sus libros; no consiente que la relación entre una pareja no sea perfecta y esto es lo que la lleva una y otra vez a sus crisis, ella se agota tratando de negar la “no relación sexual”.

En Emma se ejemplifica claramente el desdoblamiento en la posición femenina, ya que, por un lado, se vincula al falo accediendo al objeto por la vía del amor, pero si aquel hombre no la contiene totalmente -como ocurre con su marido y con sus amantes- aquello permitirá más fácilmente el extravío, como sucede con Emma.

Vargas Llosa indicó que:

(...) en cuanto al amor, los objetos no sólo engalanan el escenario amoroso sino que la pasión erótica, en el caso de la protagonista, está inextricablemente unida a una pasión poseedora, a un afán de tener más y más cosas. En la novela existe por eso una íntima vinculación entre el amor y el dinero, y,

sobre todo en la relación de Emma y León, no se puede hablar de lo uno sin lo otro. Al principio de su estancia en Yonville, Emma se enamora del joven pero no deja que ello se note; este amor reprimido la atormenta tanto como la insatisfecha ambición de la riqueza, y el narrador precisa que ambas frustraciones se confunden en un mismo sufrimiento (p.137,138).

Lo que se encuentra en Emma es un goce que no ha pasado por el amor y, por tanto, no ha tenido acceso al deseo, pues ella no desea, ella exige todo y en esa demanda infinita se pierde; ya que se pierde en los amores y se pierde en los objetos. Vargas Llosa afirma que:

(...) el amor y el dinero se confundirán para ella en un mismo placer (...) Emma comienza a hacer compras, decora otra vez su hogar, gasta con ímpetu (...) amor y dinero se apoyan y activan mutuamente (...) Emma, cuando ama, necesita rodearse de objetos hermosos, embellecer el mundo físico, crear en torno un decorado tan suntuoso como sus sentimientos. Es una mujer para la cual el goce no es completo si no se materializa: proyecta el placer del cuerpo en las cosas y, a su vez, las cosas acrecientan y prolongan el placer del cuerpo (p.138,139).

La pasión en Emma da cuenta de un goce que, lejos de atarla a la vida, la sume a ella en una exigencia pulsional desmedida que la lleva a no poder parar. El siguiente comentario de Vargas Llosa ejemplifica aquello:

(...) en el capítulo siguiente, donde la pasión de Emma y León llega a su clímax, los apetitos sexuales aplacados despiertan paralelamente en Madame Bovary apetitos extravagantes de lujo (...) Es esta codicia material la que precipita su caída; a medida que sus amores con León crecen en audacia y refinamiento, aumentan sus deudas con el mercader Lheureux, quien, con

mano maestra, excita y satisface los caprichos de Emma hasta arruinarla (p.139).

Vargas Llosa propone el que “sin embargo, el afán de Emma de poseer objetos no sólo se conecta con sus amores; también con sus desengaños y su aburrimiento. Es una relación más sutil, menos subrayada que la anterior, pero que, en ciertos períodos de su vida, se percibe claramente” como cuando compra una tela al mercader justamente cuando tiene que refinanciar unas deudas (...) el consumismo es como un desfogue para la angustia, tratar de poblar con objetos el vacío que ha instalado en la existencia del individuo la vida moderna. El drama de Emma es el intervalo entre la ilusión y la realidad, la distancia entre el deseo y su cumplimiento (p. 139).

Señaló Vargas Llosa que “en dos ocasiones cree que el adulterio puede proporcionarle esa vida espléndida que su imaginación anhela, y en ambas se ve desengañada (...) su ideal amoroso es destruido tanto por su matrimonio como por sus aventuras. Incluso en la época en que sus amores con León prosperan sin sombra, Emma descubre en cada viaje a Rouen que la realidad está siempre por debajo del sueño” (p.140). Como cuando ocurre que León recibe la visita de Homais, el farmacéutico, y Emma pasa el día esperando su anhelada cita, ahí entiende que ese es el destino del amor clandestino, pero además que en ninguna de sus dos aventuras había sido feliz así como tampoco en su matrimonio.

Se advierte la relación estragante que mantiene con su marido y con sus amantes, se conoce que el estrago es ilimitado porque como el goce femenino es ilimitado también lo es la demanda de amor. Emma “se desespera por este sabotaje que su mente ejerce contra su felicidad. Se pregunta de dónde viene esta insuficiencia en la vida, las cosas se pudren en el momento en que se apoya en ellas”. Vargas Llosa responde:

(...) de su fantasía, que la lleva siempre a desear cosas que están más allá de las cosas. Este abismo entre deseo y realidad explica quizá la vocación poseedora de Emma, ese apetito por los objetos que, si en un comienzo parece ser un medio -de embellecer el contorno, de distraer en algo la monotonía de sus días-, luego se convierte en un fin, en un comprar por comprar, en un gastar por gastar (...) en el caso de Emma Bovary se anuncia ya ese extraordinario fenómeno del mundo moderno por el que, de servidores e instrumentos de los hombres, las cosas pasarán a convertirse en sus amos y destructores (p.140).

Vargas Llosa colocó como uno de sus subtítulos el de: *Madame Bovary: hombre*. Y dentro de ese apartado escribe que:

(...) algunas mujeres y varones truecan sus sexos, Emma es un personaje fundamentalmente ambiguo, en el que coexisten sentimientos y apetitos contrarios (...) su indefinición no es sólo moral y psicológica; profundamente tiene que ver asimismo con su sexo. Porque, bajo la exquisita femineidad de esta muchacha, se embosca un decidido varón. La tragedia de Emma es no ser libre, la esclavitud se le aparece a ella no sólo como producto de su clase social (...) sino también, y quizá sobre todo, como consecuencia de ser mujer. En la realidad ficticia, ser mujer constriñe, cierra puertas, condena a opciones más mediocres que las del hombre (p-140,141).

En la historia hay una escena en donde se puede apreciar el desencanto que tiene Emma por haber nacido mujer, señaló Vargas Llosa que es en el marco de los comicios agrícolas en donde, durante un diálogo amoroso Emma escucha hablar a Rodolphe sobre la clase de ser a la que él pertenece, a quienes es indispensable el sueño y la acción, pasiones puras y furiosas, y Emma responde con amargura en

nombre de su sexo: no accedemos a esta distracción, nosotras somos unas pobres mujeres.

Vargas Llosa dice que “es cierto: en la realidad ficticia no sólo la aventura está prohibida a la mujer; también el sueño parece privilegio masculino, pues aquellas que buscan la evasión imaginaria, por ejemplo a través de las novelas se las considera unas “evaporadas”. “El hombre al menos es libre y puede entregarse a las pasiones, recorrer países, vencer obstáculos, gustar las dichas más lejanas. La mujer, en cambio, se ve privada de todo. Inerte y flexible a la vez, tiene en su contra las debilidades de la carne y la tiranía de la ley.

Vargas Llosa añade que:

(...) Emma es demasiado rebelde y activa para contentarse con soñar una revancha vicaria, a través de un posible hijo varón, de las impotencias a que la condena su sexo (p.142). De modo instintivo y atentas, combate esa inferioridad femenina de una manera premonitoria (...) asumiendo actitudes y atavíos tradicionalmente considerados como masculinos. Feminista trágica (...) en Emma late íntimamente el deseo de ser hombre. Es más que una simple casualidad que en sus visitas al castillo de la Huchette, la residencia de su amante, juegue a ser varón (p.142).

Puede decirse que su mascarada -ese “yo soy el falo” inconsciente- Emma la traduce en su forma de vestir y actuar:

(...) a sus atuendos juega a darle toques masculinos, usar prendas varoniles, lo que resulta atractivo para los hombres que la rodean. (...) a medida que progresan sus amores con Rodolphe y ella se vuelve más audaz e imprudente,

comienzan a multiplicarse estos signos exteriores de su identificación con lo viril: como para “escandalizar al mundo”, dice el narrador, Emma se pasea con un cigarrillo en la boca (...) esta propensión de Emma a romper los límites de su sexo e invadir el contrario se plasma (...) está implícito en su carácter ya que apenas nota un síntoma de debilidad en el varón, pasa ella a asumir funciones varoniles e impone a aquel actitudes femeninas (p.143).

Vargas Llosa indicó que Emma

(...) en sus relaciones con León, por ejemplo, muy pronto se cambian los papeles y ella toma todas las iniciativas: es Emma la que va a Rouen a verlo y no él a ella; es Emma la que le pide que se vista de determinada manera para complacerla, la que le aconseja que renueve las cortinas del departamento (...) como León es inhibido y tacaño, Emma acaba compartiendo los gastos del hotel donde se aman. El elemento pasivo es León, ella el activo (...). Pero precisamente porque León acepta con tanta facilidad esa inversión de roles, el papel femenino que le impone la energía de su amante, Emma se siente frustrada y lo desprecia, pues le parece una mujer; así, su identificación con la mentalidad del macho es total (p.143,144).

Vargas Llosa escribió que *Emma*:

(...) está siempre condenada a frustrarse siendo mujer, porque la mujer es en la realidad ficticia un ser sometido al que está vedado el sueño y la pasión; siendo hombre, porque sólo puede conseguirlo volviendo a su amante un ser nulo, incapaz de despertar en ella la admiración y el respeto por esas virtudes supuestamente viriles que no halla en su marido y que busca en vano en el adulterio. Esa es una de las contradicciones irresolubles que hacen de Emma un personaje patético. El heroísmo, la audacia, la prodigalidad, la libertad son, aparentemente, prerrogativas masculinas; sin embargo, Emma descubre que

los varones que la rodean –Charles, León, Rodolphe- se vuelven blandos, cobardes, mediocres y esclavos apenas ella asume una actitud masculina (p.144).

Vargas Llosa señaló que:

(...) ese horror a tener una hija, tan criticado por algunos, es un horror a traer un ser femenino a un mundo donde la vida para una mujer (como ella, al menos) es sencillamente imposible. También en sus relaciones conyugales los roles hembra-varón se invierten muy pronto; Emma pasa a ser la personalidad dominante y Charles la dominada. Ella impone el tono, siempre se hace su voluntad, al principio sólo en cuestiones domésticas y luego en los otros dominios: Emma se encarga de cobrar las facturas de los pacientes, obtiene un poder notarial para tomar todas las decisiones (...) al comienzo por las buenas con un poco de astucia pero recurre a la fuerza cuando pone a su marido entre la espada y la pared dándole a elegir entre ella y su suegra (p.144,145).

Se hace notorio que Emma se encuentra ubicada en este momento en una posición masculina, es decir, en una posición histérica. En psicoanálisis el trabajo con la histeria es que el paciente se dé cuenta de que todo hombre está castrado, en la histeria hay como defensa la pregunta por lo femenino; por el contrario, en la histeria masculina hay el fantasma de pasivización frente al padre, hay la respuesta fantasmática por lo femenino y se lo hace desde el lado masculino, dando respuestas desde el lado perverso de los hombres. En cambio, en la histeria femenina hay la fantasía masculina, pues se pregunta sobre la Otra mujer pero del lado masculino. El tratamiento con la histeria es que ella pueda permitir su relación con la posición femenina.

Vargas Llosa destacó que “incluso el dominio de Emma sobre Charles en lugar de cesar con la muerte, alcanza su apogeo con ella, luego del suicidio. Charles hará un entierro suntuoso y romántico conforme los gustos de Emma y luego contraerá los caprichos refinados de su mujer precipitándose en la ruina, exactamente igual que ella”. ¿Acaso Charles no pudo vislumbrar que al morir Emma él debía hacerse cargo de su hija y que su situación económica no le permitía más derroches? Ciertamente, se sume en el abandono, no visita más pacientes, no sale y se deja morir. Un día su hija lo descubrirá muerto y será llevada a casa de la abuela paterna; al morir la abuela, ella irá a casa de una tía y, luego, a una fábrica de hilados, su futuro es incierto. Triste historia la de la niña ya que su madre no la acogió y su padre lo hizo hasta el día en que murió Emma.

Vargas Llosa hizo énfasis en que:

(...) un elemento dramático constante en la historia de Emma es la pugna entre la realidad objetiva y la subjetiva. Emma no las diferencia, sólo puede vivir la realidad ilusoriamente, o más bien, *vive* la ilusión, trata de concretarla (p. 146). (...) el diálogo amoroso de Emma y León (...) muestra la enorme dosis de irrealidad que contienen las bellas frases de los amantes: las mentiras voluntarias o involuntarias (...) la distancia entre sus palabras y los hechos (...) estas delicadas falsedades que profieren son siempre conmovedoras, porque revelan su sed de absoluto, de goce, de belleza –la necesidad de ilusión-, su esfuerzo para, con las palabras, salvar el abismo entre sus ideales y su verdadera condición (p.148).

Este abismo al que se refiere el escritor es la “no relación sexual” y frente a la falta de concordancia entre el deseo, el amor y el goce Emma se perderá en un abismo sin encontrar alguna solución que le haga más llevadera su vida. Sin embargo, Vargas Llosa pensó que:

(...) es posible que si Emma no hubiera leído todas las novelas su destino habría sido distinto (p.150). (...) por eso, son los seres instruidos –los más leídos- los peores embusteros. Quienes dicen la verdad suelen ser los bobos, como el pobre Charles Bovary, o los rústicos, como el padre de Emma. En cambio, León, Rodolphe, Emma, Homais no cesan de engañarse unos a otros y de engañarse a sí mismos. Y cuando emplean la palabra escrita se superan a sí mismos en la capacidad de fabular, de convertir la realidad en irrealidad. En este sentido es ejemplar la carta de ruptura que Rodolphe le escribe a Emma la víspera de la fecha fijada para la fuga (p.151). (...) su mano caligrafía frases melancólicas, sufridas, generosas, describiendo el sacrificio que está dispuesto a consentir para que Emma no cometa la imprudencia de huir con él. Su mente, en cambio, sólo piensa en librarse de una amante que se ha vuelto fastidiosa (p.152).

Como para las mujeres van de la mano amar, gozar y hablar, lo que quieren es que les hablen de amor y para gozar también necesitan de esas palabras, pero en esa demanda al Otro hay ese empuje superyoico que hace que el hombre huya y esa relación se convierta en estragante. Torres (2012) dirá que el deseo y la demanda se llevan mal y que a la mujer le retorna esa demanda como estrago junto a una angustia insoportable, ya que el otro nunca está a la altura de la demanda de amor que ella pide. Él con su angustia de propietario controlará hasta sus palabras porque sabe que si promete de más a una mujer la venganza puede ser espantosa.

Se puede observar la diferencia de los sueños de la pareja Bovary, Vargas Llosa agrega que:

(...) un binomio célebre de la novela son los sueños paralelos de Emma y Charles, en los que la fantasía en libertad de cada uno va construyendo imágenes que reflejan sus diferencias abismales de ambición y carácter.

Mientras Charles imagina un futuro plácido, sedentario y doméstico, donde la felicidad vendría de la repetición de los mismos actos, y de graduales progresos materiales –Berthe crecería, se parecería cada vez más a su madre, sería una magnífica ama de casa, llevaría los mismos sombreros de paja que Emma y a lo lejos la gente las tomaría por hermanas, después encontraría un buen marido que la haría feliz-, Emma sueña con un futuro que significa una ruptura violenta con su vida presente, en el que no tiene sitio Yonville, Charles ni su hija (p.158).

Si al respecto se toma en consideración lo que Lacan llamó la “verdadera mujer”, pareciera que Emma fuera una verdadera mujer, ya que ella fue más allá de la madre. En Freud, por el contrario, la mujer freudiana termina por ser madre, ya que la solución para la feminidad normal es la que puede realizar la ecuación niño = falo. Es completamente deducible que Emma antes que madre fue mujer, pero para su desdicha eligió parejas que la estragaron tanto que aquello la llevó al suicidio; sin embargo, no por esto se puede asegurar que ella fue una “verdadera mujer”.

En efecto, tal como escribió Vargas Llosa:

(...) su fantasía la lleva, con su amante, a lejanas comarcas llenas de color, cada sueño cobra su cabal significación gracias al otro: la esplendidez del Emma pone al descubierto la chatura del de Charles, el egoísmo de aquella se hace notorio debido a la absorbente presencia que la familia tiene en él (p.158). (...) cuando Emma descubre que está enamorada de León, en sus comienzos en Yonville, su reacción inmediata es convertirse en la esposa modelo ante todos, incluido el propio León (...) nadie -salvo ella y el lector- sabe que, bajo esa apariencia de perfección y felicidad doméstica, se agazapa una mujer llena de envidia, de rabia, de odio (p.161).

Si se toma como referencia el cuadro que Miller hace del lado hombre y del lado mujer, se deduce que Madame Bovary puede representar muy bien a la señora burguesa, ama de casa, madre de familia, prudente administradora de la economía del hogar, todo amor, nunca insolente ni mística, que no asume riesgos ni es intrépida, ya que en Emma se evidencia durante un tiempo la cordura; sin embargo, se encuentra en la misma mujer a la perdida, la extraviada, aunque su extravío será en nombre del amor. La diferencia con el hombre radica en que el hombre por su idealismo puede perder el sentido común, cometer crímenes en nombre del ideal, así -tal como se lo desarrolló en los capítulos anteriores- también puede amar a una mujer basándose en lo que es su ideal y ésta puede ser la base de que no encuentre a la indicada.

Por tanto, así como el idealismo del hombre puede perturbar su racionalidad, la mujer puede tener también sentido común y tornarse irracional cuando la dañan; esta descripción está más del lado de la mujer que de la madre. Es por esto que es pertinente el comentario que hace Vargas Llosa cuando escribe con precisión que:

(...) toda la vida futura de Emma, a partir de esta época, transcurre bajo el signo de la duplicidad; hasta su muerte habrá siempre dos Emmas: la que conocen Charles y los vecinos de Yonville, y la que conocen ella misma, y, por períodos, León, Rodolphe, Lheureux. La duplicidad puede ser compartida, una operación mediante la cual dos personas se duplican para, de un lado, salvar las apariencias y, de otro, realizar sus deseos. Es lo que pasa la primera vez que León y Emma están solos; sus palabras tejen un diálogo banal, mientras que sus ojos, sus mentes y sus corazones mantienen el verdadero diálogo” (p161).

Puede ser que debido a que Charles era un hombre prudente en el sentido aristotélico del caso, es decir, el prudente que piensa que la felicidad se logra por la vía del equilibrio; lo único que hace es que apunta al placer en su monotonía, pero se olvida

del goce y esto trae consecuencias a nivel marital; pues Charles no cae en cuenta que una mujer está más expuesta al deseo del Otro porque el objeto no la estorba y que no está pendiente del objeto, sino del deseo del Otro. Y hay que decir que Charles desea poco o sus deseos son, más bien, muy insulsos para Emma.

Vargas Llosa parece estar advertido del papel que tiene la fantasía en la vida de una mujer, ya que señaló que:

“Emma tiene dos amantes reales, pero, si se examina con atención su vida sentimental, se advierte que las etapas de que se compone están ocupadas por binomios o parejas, en las que el amante verdadero tiene una yunta o complemento ilusorio, una figura ideal a la que Emma lo asocia: en la primera etapa de Yonville, León se vincula en el espíritu de Emma a la figura ya lejana y algo mítica del vizconde del castillo de la Vaubyessard, y este personaje ronda también en su cabeza cuando se inicia su romance con Rodolphe; en la tercera etapa, cuando reencuentra al pasante de notario en la ópera de Rouen, Emma fantasea románticamente con la figura del tenor Lagardy y la relaciona con León como, antes, el vizconde” (p.163).

Son sus amantes quienes le permiten a Emma fantasear y dar tratamiento a su objeto erotomaniaco, aunque precisamente por esta característica Emma va a entrar en una especie de locura amorosa, pensándose amada, amando y hablando de amor. Buscará la prueba de amor pidiendo a sus amantes que la lleven lejos, teniendo la certeza del amor por parte de ellos. Esto es lo que no soportan sus amantes, pues ellos -Rodolphe más que León- sólo la ven como el medio para llegar a un fin, el placer. Es por esto que sus amantes, si bien le permiten acceder al falo y mantenerla entretenida, no le facilitan manejar su Otro goce ya que en tanto terminan sus amoríos ella queda vacía. Emma tiene a Charles, con la característica masculina de la mudez, y sus amantes le sirven de relevo por poco tiempo, pero Charles no.

Vargas Llosa señaló que:

(...) es como si Emma, para amar a un hombre concreto, necesitara el estímulo inicial de un hombre ilusorio –aunque el vizconde y el tenor existen, Emma les atribuye una vida puramente imaginaria- (p.163). Lo imaginario es en ella una vocación tan poderosa que ni la evidencia de lo real -la realidad- la ataja, esa realidad sustitutoria hace de Emma una rebelde, ella le da fuerzas para vivir, y, al final, para matarse” (p.180).

Lo que se deduce de la teoría psicoanalítica es que las mujeres tienen un fuerte vínculo con la pérdida por la relación que tienen a la castración. Mónica Torres, psicoanalista argentina, retoma a Miller y trabaja lo que él ubica como los dos lugares de la pérdida: la burguesa, que es pérdida en tanto sumisa, ya que hace lo que le dice el marido -hace los deberes de la casa-; pero un día se revela como al parecer sucedió con Madame Bovary, y luego, un día pasa de ser la pérdida burguesa a ser la pérdida extraviada que tiene amantes y acaba matándose.

Entonces, Torres (2012) señala que Emma representa, por tanto, a las dos pérdidas, ya que ella no se juega hasta el final porque termina reclamándole dinero a sus amantes y es ahí donde demuestra que no se trató de un acto de una verdadera mujer, sino que solo se trató de un gesto de una verdadera mujer. Y no es lo mismo gesto que acto. Su suicidio no es un acto verdadero, sino que es un pasaje al acto. La radicalmente pérdida es aquella que está dispuesta a perderlo todo porque ya lo perdió todo en relación a la falta, ya que su relación a la castración la ubica como pérdida, es la mujer pobre en el sentido de que no tiene nada. Torres diferencia el acto de la posición ya que atribuye a que la posición es continua; debido a esto es que se sostiene que hombres y mujeres pueden ubicarse indistintamente en una posición masculina o femenina, dependiendo de sus estilos de goce.

En Freud, debido a la diferencia masculina y femenina con el consiguiente tener y no tener --disimetría en relación al órgano-, para el hombre estará muy presente la amenaza de castración y sufrirá la “angustia del propietario”, es decir, el hombre tiene el órgano y teme perderlo. Pero si la mujer no lo tiene, entonces, ¿qué es lo que teme perder? Pues teme perder el amor del Otro. En Lacan lo anterior –tenerlo, no tenerlo- es relativo, ya que concibe que no existe el órgano adecuado para el goce en ninguno de los dos sexos. El falo es un significante y nadie lo es ni lo tiene. Es este amor loco, erotómano, el que hace que las mujeres tengan la certeza del “yo lo amo” por encima del “él me ama”.

La locura que sufrió hacia el final Emma, ese extravío, pudo ser por vivir ese sin límite de una forma tan fuerte que hubo en cierta medida una pérdida de identidad, ya que no se reconoce en lo que siente o en cómo reacciona. La mujer puede dirigirse al goce femenino si puede colocarse como objeto causa de deseo del hombre, apoyándose en éste como relevo; esto al parecer no se dio en Emma. Hay que tener muy en cuenta que sobre el ser y la identidad se propone a la mujer sin identidad debido a que no hay significante que la nombre, por eso, ella busca la identidad en el amor. Como garante de la diferencia, para ella siempre está presente el Otro con su deseo; no así para el hombre a quien, al fundar su ser sobre el tener, aquello le proporciona un sentido de identidad.

3.2. Inventarse un nuevo amor

Esta singular frase de origen lacaniano despertó un particular interés, por lo que se consideró necesario desarrollar el sentido de la misma y al escucharla por primera vez se puede, ingenuamente, pensar que se trata de conseguir una nueva pareja o hacer poner celoso a la pareja actual inventándose un amor que no existe o con el que se fantasea. No es ninguna de las dos formas anteriores: *Inventarse un*

nuevo amor, en el sentido lacaniano, se relaciona directamente con el *Pase* - dispositivo analítico creado por Jacques Lacan por medio del cual se demuestra ante la comunidad analítica el fin del análisis propio-; sin embargo, aún las personas que no han accedido al mismo pueden obtener un saber al que difícilmente se podría llegar si no fuera por el trabajo en su análisis.

Entonces, luego de los recorridos -dolorosos, singulares, que alivian también- sobre determinados síntomas en su vida, alguien que se ha ocupado de trabajarlos en sesión analítica puede efectivamente despejar -entre otros temas, pero también en el caso del amor- lo que significa por ejemplo que se siga al lado de una pareja; es decir, hay un conocimiento sobre la verdadera razón por la cual se continúa o no al lado del partenaire, lo que dista mucho del flechazo y del embelesamiento que se desarrolló en los capítulos anteriores y que tiene relación más bien a que no existen más los velos imaginarios, ya que se han desanudado los tejidos fantasmáticos, por lo que puede decirse que este *Inventarse un nuevo amor* es el sostenerse en relación con alguien sabiendo el por qué de la elección, de los tropiezos y el por qué no del deseo de continuar. Ya no hay más señalamientos al otro, sino que es la responsabilidad en la elección.

¿Qué diferencia habría habido en la vida de Madame Bovary si hubiese tenido acceso a esta particular escucha? Posiblemente habría sido muy diferente su final, pues no hubiera terminado su vida con un pasaje al acto. Tal vez hubiera comprendido que la elección que hizo al casarse fue fundada en ensoñación más que en amor verdadero y que no sólo por el mismo Charles es que ella no pudo enamorarse, sino que es por ella misma que jamás fue feliz, que la felicidad no estaba en sus parejas, y que eso era algo a construir.

Probablemente por el análisis hubiera entendido que estaba bien que en algún momento sintiera un vacío o soledad y que eso es algo de lo cual una mujer no puede desembarazarse y que le atañe más a ella analizarlo que divagar en reproches hacia su pareja, porque es cierto que un hombre puede ser un estrago para una mujer, pero ciertamente quien acepta continuar en una relación es la propia persona. No hubo un analista, pero tampoco alguien que pudo entrever el tormento de Emma y ella tampoco tuvo la perseverancia para conseguir ser escuchada de la forma en la que más le hubiera convenido o para perseguir su deseo.

Sin embargo, esa es la historia de una mujer como muchas; Emma dio lo que tuvo, su final fue acorde a su vivencia interna, ya que –tal como se dice en el argot popular– nadie da lo que no tiene; es por esto que se hace necesario que el psicoanálisis continúe, ya que permite espacios de palabra para que, tanto hombres como mujeres, tengan otra visión de su historia, de sus actos y puedan enfrentarse a su realidad de una manera más honesta consigo mismo y con los demás y así posiblemente los finales no terminen dramáticamente, como en la novela.

CONCLUSIONES

Lacan, con sus *fórmulas de la sexuación*, permite avanzar sobre las contribuciones a la vida amorosa que Freud propuso como lo que hoy sería una clínica de lo que un hombre y una mujer padecen en el encuentro amoroso. Aunque se puede pensar que lo biológico basta para definir lo que es un hombre y una mujer, lo cierto es que esto no es suficiente ni determinante, ya que lo más adecuado es proponer que un hombre o una mujer puede ubicarse lógicamente en una posición masculina o en una posición femenina indistintamente y con la correspondiente localización del goce. Es común la pregunta del hombre por la existencia así como para la mujer es la pregunta por el sexo, mas en ambos siempre existirá la problemática del desencuentro estructural en las parejas. Y lo que Lacan planteó en sus fórmulas no es la solución al desencuentro, sino que es justamente el planteamiento estructural del mismo.

Del lado hombre está la lógica del *para todos*, es decir, *para todo hombre* $\forall x \Phi x$ se cumple la lógica fálica, pero existe uno para quien no se cumple la lógica fálica, es decir, *existe al menos uno que no* $\exists x \overline{\Phi x}$ y es gracias a esta excepción en la lógica fálica que puede existir el *para todos*, aunque la dificultad radica en que en los tiempos actuales esta función falla, pues el *existe el uno que no* falla porque hay una resquebrajadura en el padre. Por otra parte, del lado mujer no hay que decir “no todas las mujeres”, sino para *no toda* mujer se cumple la función fálica $\overline{\forall x \Phi x}$, ya que no se refiere a la mujer sino al uno por uno. La fórmula $\overline{\exists x \overline{\Phi x}}$ parece contrariar el todo, pues propone que *no hay ninguna que no* esté en la función fálica y en este sentido es una doble negación, ya que la mujer está como *no toda* en la función fálica pero también resulta que *no existe ninguna que no* esté en la función fálica. Esto del lado superior de las fórmulas.

En el lado inferior de las fórmulas, sobre el lado hombre, Lacan ubica al sujeto tachado $\$$ y el falo Φ ; sin embargo, en este lado también se ubica a la histérica y del lado derecho está la posición femenina; por otro lado, sobre el lado mujer se ubica el a , siendo que si se relaciona el $\$$ con el a se lee la fórmula del fantasma. En referencia al objeto causa de deseo el hombre buscará el a –como plus de goce- para gozar del fetiche; por tanto, ese plus de goce se entiende como el que en una relación la mujer se haga objeto para él. Por eso se adjudica al hombre el goce fetichista, porque el hombre goza de una parte del cuerpo de la mujer; mientras que en ella se produce un desdoblamiento: se relaciona con el falo –por eso se afirma que está como *no toda* en la función fálica- y además se relaciona con el significante del Otro tachado $S(A)$.

Es ésta última relación -el significante del Otro tachado- la que la liga a una cierta locura, por eso los autores se refieren al “amor loco” o erotomaniaco de una mujer cuya característica será el pedido de palabras de amor con el consecuente desencuentro, ya que la condición de goce del hombre es precisamente el goce fetichístico y mudo, es decir, que no pasa por la palabra. Las mujeres quieren hacer coincidir el amor con el goce, por lo tanto, quieren palabras de amor porque no pueden gozar sin amar.

En el desencuentro amoroso es importante destacar también la erótica del tiempo -y, por supuesto, el caso por caso- en el sentido de que si dado que el goce del hombre es mudo, luego del evento amoroso éste goza y si ya el clímax llegó a su punto máximo él no espera nada más; por el contrario, una mujer antes, durante y después del evento amoroso pedirá no solo que gocen de todo su cuerpo, sino que además le prodiguen palabras de amor.

El cuadro que propone Miller sobre el lado masculino y el lado femenino es necesario ubicarlo en relación a la época, pero también a la singularidad del sujeto en cuestión.

En general, el partenaire siempre es síntoma tanto para hombres como para mujeres, pero la diferencia es que un hombre puede convertirse en un estrago para una mujer aunque una mujer también podría serlo para el hombre, sobre todo, si ella ocupa el lugar del superyó del hombre.

Es difícil que el hombre concilie en una sola mujer el deseo y el amor, pero puede suceder; mas suelen encontrarse elecciones amorosas “degradadas” cuyos motivos inconscientes obedecen a una deuda -el don de la vida- adquirida para con la madre en la tierna infancia; así el tercero perjudicado sería el padre; y la dama ligera y a quien se debe rescatar sería la madre; todo esto referido a la figura de la amada y diferenciándose en el caso a caso. Para que se procure el encuentro amoroso el hombre tendría que hablarle al fantasma de la mujer para poder conciliar otro tipo de relación, esto tiene que ver con las palabras de amor ya que la fórmula fantasmática femenina es por naturaleza erotomaniaco.

Para el psicoanálisis es importante que el sujeto en el trabajo analítico no se apoye en el ideal de complementariedad, es menester del analista permitir el acompañamiento a lo real del imposible entre los dos sexos; el encuentro amoroso se puede dar pero esta relación siempre tendrá sus fallas, lo que permite un vínculo menos traumático en el sentido de poder aceptar la singularidad en los modos de goce. Entonces se tratará de inventarse un nuevo amor, un amor-síntoma versus el falso amor, ya que en la posición antiamorosa se evita la contingencia del encuentro versus la contingencia de lo que puede aparecer en una relación. En el antiamor está el cálculo y el exceso: el primero, apunta a regular todo y, el segundo, al todo vale.

El uso de la palabra en el psicoanálisis es poético en el sentido de que hace resonar en el lenguaje algo más que una pura información o del goce del bla bla bla como en los talk shows, por eso hay que trabajar para ser inolvidables en el sentido de que se

propicien encuentros un tanto distintos donde habría alguien que recibe a un sujeto en su particularidad haciendo producir un decir distinto en medio de las fórmulas preestablecidas. La posición del analista debe permitir favorecer los síntomas en la persona frente al consumismo, detectar lo que hace síntoma en su época y encontrar el real en juego, y esto es pertinente a todo nivel, sobre todo, en relación al amor.

Pese a que el desencuentro o la “no relación sexual” es por estructura, sucede que en la época actual hay un aburrimiento total por haber levantado la barrera de la imposibilidad, hay un puro goce sin ningún tipo de prohibición; así, en lugar del ser nombrado *por* (el amor, transmisión del no del padre), en la época actual hay el ser nombrado *para* (orden de hierro, suplencia psicótica).

BIBLIOGRAFÍA.-

- Bauman, Z. (2009). *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Brodsky, G. *Clínica de la Sexuación*. Bogotá: Serie Enseñanzas, NEL Bogotá.
- Flaubert, G. (2001). *Madame Bovary*. Madrid: Obras Selectas. Traducción cedida por Editorial Sopena.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. *Obras completas - Tomo II* (pp.1169-1230). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1910). Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre. Primera contribución a la vida amorosa. *Obras Completas - Tomo II* (pp. 1625-1630). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1912). Sobre una degradación general de la vida erótica. Segunda contribución a la vida amorosa. *Obras Completas – Tomo II* (pp. 1710-1717). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1915). Duelo y Melancolía. *Obras Completas – Tomo II* (pp. 2091-2100). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1917). El tabú de la virginidad. Tercera contribución a la vida amorosa. *Obras Completas – Tomo III* (pp. 2444-2453). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1925). Inhibición, Síntoma y Angustia. *Obras Completas - Tomo III* (pp. 2833-2883). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. *Obras Completas – Tomo III* (pp. 2896 -2903). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. *Obras Completas – Tomo III* (pp. 3077 – 3089). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.

- Freud, S. (1932). Lección XXXIII: La feminidad. *Obras Completas - Tomo III* (pp. 3164 – 3178). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, L. López Ballesteros.
- Goldenberg, M. (2008). *De astucias y estragos femeninos*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Hebe, M. (1995). Decepción de amor. *El caldero de la Escuela. El control de la E.O.L. Condiciones de amor-condiciones de goce*, volúmen (35), pp. 33-36.
- Indart, J. C. & Chamorro, J. (2000). *Modos del encuentro amoroso*. La Paz: Plural Editores.
- Lacan, J. (2001). *El Seminario, Libro XX: Aún*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2003). La significación del falo. *Escritos II, tomo 2* (pp.665-675). México: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2003). Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina. *Escritos II, tomo 2* (pp.704-715). México: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2004). *El Seminario, Libro V: Las formaciones del inconsciente*. Cap. X y XI. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario, Libro X: La angustia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario, Libro XXIII: El Sinthome*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Laurent, E. (1999). *Posiciones femeninas del ser. Del masoquismo femenino al empuje a la mujer*. Buenos Aires: Editorial TRES HACHES.
- Lipzer, K. (2008). El amor y el goce femenino. *De astucias y estragos femeninos*, (pp.77-84). Buenos Aires: Gramma ediciones.
- Miller, J. -A. (1994). De mujeres y semblantes II. *De mujeres y semblantes, Cuadernos del Pasador*, volumen (1), pp. 83-112.
- Miller, J. -A. (1998). *El hueso de un análisis*. Buenos Aires: Editorial TRES HACHES.

- Miller, J. -A. (1998). El partenaire-síntoma. *El Caldero de la Escuela. El partenaire-síntoma. Décimo encuentro Internacional del Campo Freudiano*, volumen (59), pp. 26-38.
- Miller, J. -A. (1999). Una distribución sexual 1. *Revista mundial de psicoanálisis UNO POR UNO*, volumen (47), pp.17-29.
- Miller, J. -A. (1999). Una distribución sexual 2. *Revista mundial de psicoanálisis UNO POR UNO*, volumen (47), pp.30-42.
- Miller, J. -A. (2002). *De la naturaleza de los semblantes*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Miller, J. -A. (2004). *Lectura del Seminario V de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Miller, J. -A. (2005). *Del Edipo a la Sexuación*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Miller, J. -A. (2005). *Introducción al método psicoanalítico*. Buenos Aires: Eolia Paidós.
- Miller, J. -A. (2006). *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Miller, J. -A. (2010). *Los divinos detalles*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Rabinovich, D. (2004). *Lectura de "La significación del falo*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Soler, C. (2000). *La maldición sobre el sexo*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Tendlarz, S. E. (2008). *Las mujeres y sus goces*. Buenos Aires: Colección Diva.
- Torres, M. (2012). *Amor, deseo y goce. Cada uno encuentra su solución*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Vargas Llosa, M. (2007). *La orgía perpetua. Flaubert y Madame Bovary*. México: Editorial Alfaguara.
- Yacoi, A. (1995). Posición femenina: El amor, una condición. *El caldero de la Escuela. El control de la E.O.L. Condiciones de amor-condiciones de goce*, volúmen (35), pp. 32-33.